



CRÍTICA Y ACCIÓN

NUESTRO PROGRAMA

Estas dos palabras, *crítica y acción*, aplicadas al movimiento socialista, son la quintaesencia del programa de esta nueva publicación. La REVISTA SOCIALISTA INTERNACIONAL será una tribuna serena para la exposición doctrinaria del *socialismo científico*, energía vivificante de la acción proletaria; será un órgano periódico para la crítica razonada de todas las relaciones sociales del régimen capitalista, de aquí y de otros países; y será, en fin, un archivo viviente donde quedará registrado el movimiento mundial de la clase trabajadora.

Colocada en el dominio teórico de la concepción marxista, esta publicación nace para explicarla y desarrollarla, de acuerdo con el estado material y económico de la República. Apártase, desde su primer paso, de la tendencia revisionista ó reformista caracterizada, en la *Democracia Social* de Alemania, por su acerba crítica de los

programas teóricos ó abstractos sancionados por los congresos socialistas, de Erfurt á Dresde. En el proceso crítico del *marxismo*, es Bernstein quien representa el período culminante. Este escritor ha pretendido levantar con su vasta erudición un ariete poderoso para demoler la obra doctrinaria de Marx, y las molés de piedra dirigidas contra éste han sido las ideas expresadas en sus artículos titulados *Problemas del Socialismo*, primero; en su carta dirigida al Congreso de Stuttgart reunido en 1898, después; más tarde, en su libro *Socialismo teórico y Democracia Social práctica*, publicado en 1900; y en los últimos tiempos, en una larga serie de estudios, discursos y conferencias. Este escritor ha concretado su pensamiento socialista diciendo que en la lucha por la emancipación de la clase obrera, «el movimiento es todo y nada lo que se llama habitualmente la aspiración final del socialismo».

En cambio, para esta REVISTA el movimiento obrero y la idea socialista no son excluyentes el uno de la otra, no pueden marchar separadamente en la trayectoria lógica de la emancipación obrera. Aún más: el socialismo es ó debe ser el centro motor superior, en el organismo social, del movimiento de redención integral de la clase productora. La crítica revisionista pretende reformar la doctrina marxista y resulta su negación. El empirismo, algo diferente de la acción, reduce la política colectivista al movimiento gremial. La *práctica* así entendida, como contrapuesta á la teoría, conduce al sindicalismo puro. Encerrado en tan estrechos límites, el socialismo pierde su amplio carácter de concepción de una completa transformación social. En verdad, el movimiento obrero, considerado como desarrollo de la acción proletaria para conseguir el mejoramiento integral de la clase explotada, está dentro de la política socialista; empero el socialismo, considerado en su total amplitud, es algo más. El socialismo es una inmensa fuerza propulsora de la vida humana, que aplicando como método el *materialismo histórico*, hace la crítica de la sociedad burguesa; comprueba, entre otros hechos, la existencia en ella de la concentración de la riqueza, de la acumulación capitalista en mérito de la supervalía y otras causas económicas, de la evolución de las formas de la producción y de la propiedad, de la socialización de todo trabajo y de continuos progresos de la técnica;

desentraña las consecuencias sociales de estas circunstancias materiales y orienta el movimiento obrero hacia la conquista de los poderes públicos para transformar el régimen de la propiedad individual en el armónico sistema de la propiedad colectiva.

El *revisionismo práctico* está en bancarrota en Alemania, donde los teóricos más eminentes del Partido Socialista son decididos y entusiastas campeones de la lucha proletaria. En cambio, la tendencia prospera, por lo menos en apariencia, en los partidos socialistas de otros países. La democracia socialista de nuestra república, en guardia contra semejante tendencia, descende á la arena provista de todas sus armas de combate, de todos sus instrumentos de labor, mira con ojo certero hácia el horizonte, orientándose con la brújula de la teoría científica, que no es vana ideología sino reflejo exacto de los hechos, y ha emprendido la marcha con rumbo fijo para someter, en unión con el proletariado internacional, el mundo económico donde los verdaderos productores están dominados por una clase prepotente y privilegiada.

El socialismo científico está animado por la rica y jugosa savia de la teoría. El *maestro* era un admirable, un profundo teorizador. El exponente de su acción—porque era también un animoso luchador,—está en su obra científica, tan rica y original, más que en su constante batallar en el terreno político y en el seno de la *Asociación Internacional de los trabajadores*, y precisamente en el momento en que descolló más en esta, su pensamiento era acción, como lo prueban tres históricos documentos, llenos de vigor intelectual, de energía moral y de sabiduría social, los célebres *Manifiestos «sobre la guerra franco-prusiana», «después de Sedán» y «sobre la Comuna de París»*.

Cárols Marx ha dicho en el prefacio de *El Capital* (libro I, Proceso de su producción): «Hoy día, hasta el ateísmo es una *culpa levis*, comparado con la crítica de las relaciones de propiedad establecidas». En estos pocos renglones está condensada toda la acción socialista. La crítica es acción. La obra científica de Marx, su acción descolante, consistió en la crítica de la economía política, análisis completo de la sociedad capitalista, traducción de su realidad al idioma de la ciencia y negación positiva, no hegeliana (*negación de la negación*), de la inmutabilidad de los elementos de la burguesía, que lleva en sus entrañas los gérmenes de su propia disolución.

La crítica de las instituciones burguesas es acción de la teoría. La unión de estos dos términos, no es paradójica en el dominio de la concepción materialista de la historia. «Mi método dialéctico, ha escrito Marx, no solo difiere fundamentalmente del de Hegel, sino que le es directamente opuesto. Para Hegel el proceso mental, del que llega hasta hacer un sujeto independiente bajo el nombre de idea, es el demiurgo de la realidad, la cual solo es su manifestación externa. Para mi, á la inversa, lo ideal no es más que lo material, traspuesto é interpretado en la cabeza del hombre.»

Los socialistas empíricos, al afirmar que la teoría está reñida con los hechos, interpretan de modo erróneo la concepción sociológica de Marx, que nada tiene de idealista. La teoría no es otra cosa, para los socialistas demócratas, que la interpretación de los hechos. La realidad material es la base de la doctrina colectivista. En su *Crítica de la Economía política* (1859), al echar los cimientos de su teoría histórica, extrayendo los elementos para su concepción, Marx dice lo siguiente: «*El modo de producción de la vida material determina desde luego el proceso social, político y espiritual, de la vida. No es la conciencia de los hombres la que determina su existencia. Al contrario, su existencia social determina su conciencia.*»

Si acepta como método de estudio de los hechos sociales el materialismo histórico—que los empíricos estiman inexacto ó incorrecto por su contenido ó por su tecnología,—el teórico socialista, no vivirá aislado de la realidad, guarecido en un castillo de ensueños ó quimeras. Al contrario, encontrará en la realidad de la vida—inmensa llanura donde, como en el mar, podrá extraviarse quien no conozca el derrotero—los elementos directivos de su acción. Conociendo la existencia social podrá disponer de una serie de ideas, emergentes de los hechos mismos, para actuar con eficacia en el movimiento proletario. Si el marxismo no es una simple abstracción, ¿cómo pretender que sus adeptos viven encastillados en la ideología? Hay un océano de por medio entre el socialismo utópico y el socialismo científico; el primero, resultado de una concepción idealista de la vida, creado el segundo por el desarrollo histórico del régimen capitalista y formulado por una inteligencia genial; y no obstante, los prácticos entienden que está demás la crítica sistemática, por parte de éste, de la sociedad burguesa,

confundiéndolo lastimosamente con la exposición doctrinaria de los autores y discípulos del socialismo romántico.

Han creído, como los médicos de la antigua escuela, que no importa nada el exámen clínico de los pacientes, el estudio de las instituciones y hechos sociales. Tienen sus recetas para todas las enfermedades y sus medios de solución para todos los conflictos de la sociedad. El militante teórico vé las cosas de otro modo; su temperamento y su mentalidad son distintos. Como entiende que la teoría no es otra cosa que la expresión de la realidad en el pensamiento, trata de conocer las condiciones materiales de la existencia antes de embarcarse en la acción. El movimiento proletario es un hecho material; la generación espontánea ó un cerebro privilegiado no lo ha producido. Está sujeto á la evolución material, principalmente económica, de la sociedad burguesa. Circunstancias especiales y variables por el lugar ó el tiempo determinan sus modalidades, aunque el núcleo central de los hechos sea idéntico en todos los países de régimen capitalista.

¿Cómo desarrollar la acción sin un reconocimiento previo del terreno? ¿Cómo empezar la cura del enfermo sin estudiar previamente su historia clínica? ¿Cómo encauzar la tendencia de las multitudes proletarias sin haber estudiado é interpretado científicamente las condiciones materiales de su vida y de la existencia social de su pueblo?

El militante socialista lleva su acción por todas partes: al campo gremial, al terreno político, al mundo nuevo de la cooperación, al estadio de la enseñanza, al dominio de la ciencia. En todas partes, reclame aumento de salario ó disminución de la jornada; concurra al comicio ó defienda los intereses de la clase productora; contribuya al sostenimiento de sociedades cooperativas de consumo ó de edificación de tipo colectivista; critique las instituciones de la sociedad capitalista ó señale la tendencia hácia el régimen de la socialización de la propiedad; inculque en los niños y en los adultos la nueva moral, el novísimo concepto de la justicia, ó difunda el principio de la igualdad en todas las clases sociales, en la cátedra ó en la tribuna; en todas partes, procediendo en esta forma, el militante socialista hará obra práctica, no empírica, y la correlacionará necesariamente con la doctrina socia-

lista, realidad viva de las cosas en la inteligencia, y habrá así puesto su grano de arena para echar el sedimento de la *ciudad nueva*.

La crítica es acción en el movimiento socialista. Si la burguesía mira con ojeriza *la crítica de las relaciones de propiedad establecidas*, es porque comprende que la crítica no es pura y vana teoría sino la constatación de una tendencia social. Comprende también que es incontenible esta tendencia de la evolución. Así lo han expresado sus pensadores, Heriberto Spencer entre otros, que como único consuelo ante la evidente transformación futura de la propiedad individual en colectiva, ha entonado, Jeremías de la sociedad individualista, de antemano, el treno de la *esclavitud futura*. Comprende, por último, que instruido por los hechos, el proletariado prepárase para consumir esa transformación social con su triple organización económica, cooperativa y política.

La crítica no queda nunca perdida, como lejana nebulosa, en los espacios infinitos de la acción. Encierra gérmenes de energía. Colabora en el proceso mundial de la vida colectiva. Inspiró la concepción de un régimen socialista la crítica de la realidad capitalista, y por esto mismo, aunque esta última existía independiente de ella, ha contribuido al proceso de su disolución, empujando al proletariado a la lucha de clases.

La democracia socialista de este país, por condiciones especiales de su desarrollo y de la modalidad económica-política de su burguesía, realizará acción fecunda al criticar las formas de la producción y de la apropiación de la misma, sus instituciones sociales y jurídicas, el carácter de su gobierno, su sistema rentístico, los procedimientos de sus partidos y sus hombres dirigentes, demostrando cómo las condiciones materiales de la vida, el desarrollo de la industria, el acaparamiento de la tierra y otros factores han planteado aquí el problema social en la misma forma que en las naciones europeas y en los Estados Unidos, salvo ciertas modalidades peculiares de nosotros. Aplicada esta crítica a los hechos de la vida diaria, el proletariado comprenderá también que puede disponer de los mismos medios que los trabajadores de las naciones más industrialistas en su lucha con el capital; determinará su acción en un sentido racional y positivo, abandonará la utopía de proceder a saltos, como quieren los enamorados de la Dulcinea revolucionaria,

mirará al porvenir para orientar su método de acción hacia la finalidad colectivista, indicada desde luego por el régimen capitalista; y correlacionando así su conciencia, ya despierta, con la realidad de las cosas impulsará briosamente el mundo moderno hacia la república de la paz y de la justicia social.

Hagamos entonces los militantes socialistas, obra práctica al hacer la crítica científica de nuestro régimen económico. El momento histórico de la burguesía argentina reclama este período de crítica por parte del proletariado nacional. Así negará la legitimidad y la justicia de este régimen. Esta conducta, no importa abandonar el combate diario contra la clase patronal en el terreno de los intereses económicos inmediatos, no significa el retraimiento de la lucha política ó sindical. Todo lo contrario; el movimiento socialista, entendido en ese concepto, comprenderá, desarrollará y orientará el movimiento proletario.

Seamos, de una vez por todas, lógicos con nuestra doctrina y nuestro programa de grandes reivindicaciones, que son grandes verdades para el pueblo socialista. Insistamos continuamente en nuestra prédica de la finalidad colectiva, determinante de energías prolíficas en el movimiento obrero. Entendamos, en fin, con el ilustre De Greef, *que así como conviene acercar más y más la sociología al socialismo práctico y teórico y que discuta los actos y las teorías socialistas, conviene también que el socialismo se impregne de filosofía social pasándola por el crisol de la experiencia práctica y obrera de la cual es su propia expresión*.

Este criterio sociológico y político orientará la marcha de esta REVISTA SOCIALISTA INTERNACIONAL, que tratará de realizar su misión con imparcialidad é independencia de opinión, sin poner nunca en sus juicios una marca de odio individual ó de violencia verbal, pero sí la vehemencia científica propia de una convicción doctrinaria y la pasión sincera de un sentimiento de justicia social. Hasta sus páginas llegará todo eco de la renovación del pensamiento moderno, de la vida contemporánea, en el orden económico, social, político, moral, artístico, jurídico, educacional, bien transmitido por los militantes de la *Internacional Obrera*, bien por independientes escritores ó maestros que, desde su esfera de acción, trabajen por el advenimiento de un nuevo régimen de la sociedad y sean así, al igual que

nosotros, apóstoles y soldados de la concordia entre los hombres, de la paz entre los pueblos y de la emancipación del Trabajo. Y como la verdad es fuente de toda justicia, la buscará ansiosamente en cuanto atañe al problema social, inspirándose en el criterio lógico de un eminente educacionista, para quién «la verdad debe definirse: la relación entre el *pensamiento* y la *palabra* y el *hecho*: cuando el pensamiento en el espíritu expresa el hecho y la palabra en la lengua expresa el pensamiento, entonces el circuito de la verdad está completo».

E. DEL VALLE IBERLUCEA.

CeDInCI



La Escuela y la Revolución.

Hace ya largos años, un puñado de hombres audaces, fuertes por la grandeza de sus entusiasmos, seguros por la pureza de sus actos, eran los herederos de los filósofos helenos, los hijos de los obreros del Renacimiento, la encarnación de las ideas de los enciclopedistas, se atrevieron á lo que jamás se había visto aún bajo los cielos, al gesto más bello, más humano, más libre; vaciaron los templos, arrojaron á la calle los ídolos caídos, dejaron entrar la luz y el aire barriendo el polvo de muerte de los siglos pasados, pero no para levantar nuevos dioses ni consagrar un nuevo rito, sino para alzar la luminosa y humana figura de la razón.

Grandes corazones, ebrios de idealidad, ¿dónde encontraron la fuerza necesaria, cuando los pueblos vecinos alzábanse como feroces defensores del régimen que habían destruido y cuando la inmensa masa humana vivía con el pensamiento inerte, sumidos aún en las nebruras del pasado, cuando peligros infinitos los rodeaban, cuando en su loca carrera hacia el porvenir iban bordeando precipicios?

Los pueblos habían vivido hasta entonces bajo el dominio de las fuerzas divinas; como seres débiles huyendo en las tinieblas volvían azorados sus miradas, temblaban al ruido de sus pasos, horrorizábanse de los fenómenos naturales creyendo ver siempre á cada instante la fuerza misteriosa y divina. Siempre sometidos á ellas, creencias, supersticiones, ritos, cultos, todos eran lazos que apresaban, torturaban. Y doblábanse las espaldas, inclinábanse las frentes, tirando el humano rebaño del carro triunfal donde, insolentes de su fuerza y orgullosos por la humillación de los pueblos, iban las dos fuerzas siempre unidas, apoyada una en la otra: el sacerdote y el soldado.

La muerte, la prisión para el audaz que se sentía libre y quería gritar su incredulidad, y para el inmenso número la mordaza cruel, el miedo. Temíase el más allá, la muerte, el juicio espantoso de ese dios de inmensa bondad cuya faz terrible hacía desfallecer al más

fuerte, y para apaciguarlo y hacer su iglesia más gloriosa, más grande, hacia él iban todas las manifestaciones de la vida.

Para él las grandes catedrales, joyas de arte, obras inmensas alzando hacia el cielo sus gallardos campanarios como para llevar más alto en sus encajes de piedra los llantos y la esperanza de los que abajo se inclinaban en la penumbra de las naves. Para él el pincel y el buril del artista. Para él el trabajo de la mente produciendo el comentario de las obras sagradas, de los dogmas, las esterilizantes luchas de la escolástica.

Todas las manifestaciones de la vida humana, que pueden ser tan variadas, tan hermosas, eran homenajes hacia ese Dios que encarnaba en la muerte el dolor, la injusticia, la maldad. Así estrechóse la vida, perdiéronse las bellas formas griegas y el arte admiró la escuálida y angulosa silueta del asceta; huyóse de la luz, de la salud, y fué con los brazos cubiertos de llagas y los pies en el fango que el hombre debió elevar sus oraciones; más baja, siempre más baja la bestia humana, siempre más ahogada la inteligencia para que sobre las ruinas de la vida se alzara siempre más poderosa la iglesia.

Tan fuerte fué esta influencia, que toda manifestación de independencia tomó inmediatamente carácter religioso. La emancipación de la mente empezó con la discusión, no directa por cierto, de los textos religiosos; el arte se hizo más humano, pero en su renacimiento glorificó la divinidad; y cuando la miseria, el sufrimiento, exasperaron los humanos su rebeldía tomó forma religiosa, fué la Reforma.

Se discutieron las palabras, los representantes de Dios, pero ¿quién puso en duda su existencia misma?

Pobre Razón, tan largo tiempo sofocada, lacerada, torturada! debías esperar ese gran despertar de todo un pueblo, para que un puñado de valientes te alzase como soberbio reto al pasado, como llamada al porvenir sobre el trono mismo de tus tiranos.

Porque en esos días nacieron la independencia, la justicia, el derecho; su recuerdo pertenece, no á un pueblo, sino á la humanidad entera.

Fué un esfuerzo inmenso que transformó al individuo, que armó al campesino é hizo de él un soldado invencible, que del hombre vulgar ayer hizo un héroe, y á pesar del cruel egoísmo cristiano que admite que el fin justifica los medios, hizo brotar ese magnífico sen-

timiento altruista que dictó los derechos del hombre.

Puede la revolución haber cometido sus errores, puede haberse desviado de su ruta alguna vez, pero cuando se pasa de la tiniebla á la luz ¿quién no queda cegado un instante? y cuando se lleva un mundo en los hombros ¿cuál es el paso que no flaquea?

El entusiasmo, el apasionamiento son necesarios para realizar los grandes actos, y extremados pueden conducir al error. Los hombres de la revolución, figuras imponentes si las hubo, eran hombres con sus debilidades y sus defectos, á veces la labor fué superior á sus fuerzas, pudieron no siempre comprender aquella gran alma del pueblo de donde les venía el valor, la confianza, pero ¿qué son esos extravíos comparados con la magna obra?

Destruir todo un mundo para rehacer otro. Ir sin temor, sin vacilar contra las creencias y los prejuicios pasados, declarar la muerte del derecho divino del rey que había permitido la soberbia nulidad de un Luis XIV, la infamia de Luis XIV en medio de la sórdida miseria, del hambre feroz de todo un pueblo; anular los privilegios, levantar al último al igual del primero; borrar los dolores, las injusticias del pasado, para inaugurar en el amor y la igualdad la nueva vida del género humano.

Sería necesario recordar uno por uno los actos de los revolucionarios, que dirían bien alto todo lo bueno y noble y tierno que era el corazón de esos hombres que tantos pintaron como feroces asesinos. Fueron humanos, respetaron al dolor, amaron la desdicha. La Comuna organizó asilos, de esa época data el hospital de ciegos adoptó niños, suavizó el régimen hospitalario, fundó bibliotecas, quiso preservar al Louvre de las restauraciones de cuadros, y al decretar que los impresos interesantes que lleven las decisiones del poder sean distribuidos á los enfermos, no parece decirles—exclama Michelet,—si tus padres te olvidan, tu madre, la buena Comuna de París se acuerda de ti. Viene á visitarte por el escrito que te envía. Pobre hombre desdichado por el mundo! la que es luz del mundo, la gran ciudad que es tu ciudad, quiere tener comunicación contigo, participarte sus pensamientos.

Y cuando, queriendo romper los lazos que unían al pasado, decreta un nuevo calendario, ¿queréis una concepción más poética, un amor más intenso de la vida que el que muestra la obra de Fabre d'Eglantine, re-

gulado la existencia humana por la marcha misma de la naturaleza?

Para defender la obra revolucionaria que querían más que la vida, y la integridad de la patria, del patrimonio común para quien se alzaron los ejércitos de voluntarios que descalzos, mal armados, mal nutridos, pero cantando á pleno pulmón las estrofas de su glorioso himno cimentaron con su sangre la República, para que tanto sacrificio no fuese inútil tuvieron que deshacerse del enemigo que la patria misma anidaba en su seno, de los nobles, de los reyes, que viendo sólo su interés de clase, llamaban los ejércitos extranjeros. Fué un sentimiento de defensa inspirado por el sentimiento de la propia conservación, consecuencia inevitable de la lucha de dos fuerzas; pero en medio de esa vida agitada por tan grandes acontecimientos, estos hombres familiarizados ya con la muerte, tuvieron un pensamiento sublime: adoptaron los hijos de los ajusticiados.

Este hecho podrá parecer insignificante en un análisis superficial, pero es en realidad de gran significación.

Un caporal de veteranos—cuenta Michelet,—presentó una niña, hija de un ajusticiado que había dejado ocho hijos. El buen hombre preguntaba si, adoptando la hija de un culpable, no obraba contra la patria. Chaumette (miembro de la Comuna), tomó en sus brazos la niña y la sentó á su lado. —Feliz ejemplo, dijo, de las virtudes de la República... Las vemos ya aparecer esas dulces virtudes que siempre se unieron al heroísmo de la libertad. No es ya la adopción de orgullo de los patriotas de la antigüedad; es la razón que preserva á la inocencia de la ignominia del prejuicio. Ciudadanos, uníos á este buen viejo soldado. Huérfana por la ley, que reciba esta niña en vuestros paternales abrazos la adopción de la Patria. Más tarde la Convención creó el Asilo de los hijos de la Patria. Así se llamaron los de los condenados.» (Michelet, Historia de la Revolución).

Adoptar el hijo del réprobo, del ajusticiado, significaba no sólo un sentimiento de humana piedad, era rechazar, destruir para siempre la creencia en la continuidad del pecado, la herencia del crimen, de la vergüenza, piedra angular del cristianismo.

¿Podfase concebir más torturante idea? El niño no había aún abierto los ojos á la luz y estaba ya maldito; su existencia misma era un crimen. ¿Cómo salvar esa

alma de la eternidad del suplicio? Angustiosa pregunta que la iglesia contestaba mostrando el oratorio, el ayuno, la disciplina. Podía la madre bañar á su hijo en el agua lustral de su amor; no había inocencia y para evitar el castigo del alma, el suplicio del cuerpo. ¿Bastaba eso? No. San Agustín proclama que la salvación es gracia, es don de dios. Una vida ejemplar, virtudes austeras, la renunciación á todo lo que es alegría, felicidad, no basta si Dios no quiere.

Bajo la maldición divina, persiguiendo implacable al hombre, sin disminuir por el tiempo ni por la sumisión, ¿cuál habrá sido la verdad del verdadero creyente? En épocas abominables de carestía, se han visto madres que para evitar á sus hijos la muerte cruel por el hambre preferían hacerlos perecer en seguida, y para vergüenza de nuestra época no es raro leer en las noticias diarias que una madre se ha asfixiado con sus hijos para escapar á la miseria.

Pero la madre que sabía á su hijo maldito, que lo sabía condenado á la tortura que el sacerdote refería con fruición en la iglesia, ni la muerte podía desear para él; la penitencia sólo suavizaría la sentencia. Y así la vida era una preparación para la muerte.

Dogma monstruoso, digno del sucesor de Jehovah vengativo y cruel; digno de sus representantes, que conduciendo su presa á la hoguera le hablaban de misericordia, de perdón, de arrepentimiento.

El acto de Chaumette, el decreto de la Convención, que reflejan el pensamiento general de la época, no sólo valen, decía, por su carácter humanitario, sino por algo más; marcan la muerte de esta creencia absurda, inauguran una era nueva en el pensar humano y, lo que más directamente nos interesa, un nuevo rumbo en la educación.

Todo progreso representa una suma de esfuerzos, tanto más numerosos y durante más tiempo continuados cuanto más honda es la transformación que importa. Los adelantos realizados en la industria, en el comercio, en cualquier campo de la actividad humana han necesitado á veces del trabajo de una vida entera; pero, cuando lo que se reforma no es de la vida externa de una agrupación, de un pueblo, de una sociedad, sino que atañe á su vida interna: creencias, leyes, organización, sentimientos é ideas colectivas, el trabajo necesita mayor esfuerzo, dura á veces varias generaciones, y un

concepto justo y lógico que puede cambiar la existencia de toda una colectividad, enunciada por un pensador, repetida y ampliada por sus discípulos, debe esperar largos años antes que su florecimiento completo pueda hacerlo verdaderamente fecundo.

La Revolución, afirmando que el erimen no se hereda, considerando al hijo libre de las faltas de los antepasados, llevaba á la realidad el pensamiento de los filósofos sus padres. La doctrina de la predestinación, la perpetuidad del mal, herían demasiado la vida misma para que los que la comprendían no se elevasen contra el dogma de muerte. Los educadores como Pestalozzi, que fueron maestros por el corazón, que amaban la infancia, ¿podían creerla maldita? ¿No veían en ella el porvenir, la esperanza? Rousseau, que tanta influencia tuvo sobre ciertos revolucionarios con su especie de naturismo, con su odio declarado á todo el vano convencionalismo social, proclama la pureza nativa del niño, y si exageró la teoría, marca, sin embargo, la reacción, la vuelta hacia sentimientos normales.

El principio afirmado, realizado, no pudo dar frutos inmediatos, fué demasiado corta la vida de la Revolución, pero había recibido tanta vida, tanta energía, que pasadas muchas borrascas, pudo resurgir en el moderno concepto de la educación. Así, un mal labrador puede cubrir las semillas con tal capa de tierra que quedan éstas ahogadas, pero cuando el arado pasa nuevamente, la luz y el aire que llegan las fecundan y los campos reverdecen.

Como el arco triunfal de la humanidad, queda la época que recordamos dividiendo el campo educacional; hacia atrás la escuela cristiana, hacia adelante, hacia el futuro, la escuela laica.

El pensamiento religioso en su período de esplendor apoderóse de la escuela; campo virgen donde puede arraigar la creencia dominando el espíritu antes del surgimiento de la razón.

Mientras pudo imperar la ignorancia que acerca á Dios, no fueron necesarias las escuelas; pero tiene tal resorte el alma humana que en medio de tanto error empezó á buscar la verdad. Inciertos los primeros pasos, perdida la mente en vacilaciones, el dogma dominó, sub-

yugó al hombre. Dióse toda importancia á la forma y el razonamiento desvióse en el detalle; fué la época feliz de la escolástica, de la dialéctica; trabajo infantil hecho en el vacío, tortura del espíritu buscando la solución de lo que él mismo planteaba como insoluble. Fué ésta la ciencia medioeval. Dada en la Universidad, especie de sucursal del púlpito, era para un grupo de elegidos; hubiese sido un enorme perjuicio si la masa entera del pueblo se hubiese apoderado de ella; aunque vacía y formulista le hubiese enseñado algo que era la muerte de la creencia, de la fe: le hubiese enseñado á discutir.

El estudio universitario, casi el único en la Edad Media, no era una preparación para la vida; si bien llevaba al ejercicio de ciertas profesiones, el ser estudiante era casi un estado. Era necesario recorrer poblaciones mendigando, pasando las noches como se podía, y en las ciudades vivir hacinados en inmundos cuartos, para ir por la mañana á escuchar á algún maestro que profesaba en una miserable pieza, sus alumnos sentados sobre la paja y tomando ávidamente nota de sus palabras. Los escritores del tiempo, las autobiografías de algunos estudiantes recuerdan la inmoralidad, la suciedad increíble en que vivían los futuros doctores. Y se perdían largos años en el aprendizaje del latín, la discusión de Aristóteles y de Platón y, por sobre todas las cosas, el estudio de las sagradas escrituras. Tarea superficial, puramente formal, no podía ser más esterilizante. Regida por el principio de la autoridad y de la autoridad divina, cuyos decretos se aceptan sin comentario, alejaron de la naturaleza; no era necesario observar, experimentar, bastaba recordar y discutir.

Esta es la llaga de la educación medioeval, que, por desgracia, no ha desaparecido aún por completo. Igual carácter encuéntrase desde el primero hasta el último grado de la enseñanza. En efecto, haciéndose más extensos los estudios universitarios, fué necesario crear una escuela que preparara para ellos. Aparecieron las escuelas que corresponden más ó menos á las escuelas primarias. Las escuelas abatales y sobre todo las pequeñas escuelas, recibían á los niños y les enseñaban á leer y á escribir. ¿Para qué? Para leer las sagradas escrituras. Mucha memoria, poca razón; y se comprende.

¡Pero qué escuela! ¡Dura, rígida, severa, llovan azotes y castigos; el temor debía apoderarse de esos jóvenes espíritus y el que ha visto algún niño llorar al ir

á la escuela podrá imaginarse las lágrimas que habrán vertido aquéllos, cuando se encaminaban á esas sórdidas casas para sufrir la tortura de la inmovilidad y bajo la férula del maestro, el aprendizaje por el método más bárbaro y antinatural de las cosas más incomprensibles; las alabanzas al padre eterno debían elevarse en medio de sollozos!

Universidades, colegios y escuelas se multiplicaron, pero es necesario observar que su difusión no fué obra de la Iglesia, corresponde al movimiento popular de las comunas realizado por una clase intermedia entre el siervo sujeto á la gleba y el noble cortesano ó caballero. El espíritu religioso dominante amoldó la escuela al dogma y en manos del sacerdote fué un medio de dominio. Así, cuando la Reforma, que empezó á prepararse antes de la aparición de Lutero, tuvo un suficiente número de adeptos, éstos fundaron muchísimas escuelas sufriendo toda clase de persecuciones. Muchos maestros daban sus clases en pleno campo. Eran los primeros rebeldes que atraían hacia sus doctrinas las almas jóvenes que son el porvenir; rebeldes bien autoritarios á su vez—no nos estrañe esto cuando eran religiosos,—pues sí reclamaban el libre examen, exigían, como lo demuestra Reclus, que las conclusiones del análisis fuesen iguales á las suyas.

Desde el momento en que la iglesia constituyó un verdadero poder y pudo oponerse y aún sobreponerse al rey, declaró inmediatamente la guerra al saber, á la escuela; los restos de la escuela pagana fueron destruidos con el odio que el bárbaro y el ignorante sienten para lo que no comprenden. Pero cuando los hombres levantaron la fría lápida con que la religión de muerte había sellado el pasado, y descubrieron que había existido aquel maravilloso paganismo, prodújose un tal movimiento hacia el saber, que hasta las mujeres pusieron á estudiar las lenguas muertas y sus clásicos, la iglesia fué ya impotente para detener el movimiento y quiso encauzarlo en su favor. Cuando no bastaron las escuelas de convento, aparecieron en el siglo XIV los jeromitas. Enseñaban la Biblia, la lectura, la escritura, los evangelios, las epístolas de San Pablo; ni ciencia ni literatura.

Pero la iglesia empieza á sentirse menos fuerte, los jesuitas constituyen entonces su milicia intelectual. El orden de Loyola elabora un plan de estudio destinado á

las clases dirigentes y combinado para darles un saber hábilmente subordinado á la religión, que debe ser la base y la cima, el centro y el alma de toda educación. Los oratorianos, como los jesuitas, también se destinan á los poderosos, y es en las postrimerías del siglo XVII que el abate de La Salle funda las escuelas cristianas, cuya misión es salvar el alma del pueblo. Y así, desde los cimientos hasta la cúspide del edificio social la iglesia tiende su red.

La escuela de la Edad Media y moderna fué la escuela cristiana. Basada en la revelación, declaraba inútil la razón; más que inútil, peligrosa; su arma era el terror, su espíritu la violencia; sancionaba la injusticia, las desigualdades sociales; enseñaba la venganza, la represión del más débil, la sumisión al fuerte; quería la humillación, desconocía la más noble aspiración humana, el amor de la independencia; pretendía ser espiritual y fué grosera; hablaba de bondad y fué autoritaria; acercaba á Dios y alejaba de la naturaleza, porque su esencia es el dogma, y éste sólo florece sobre las ruinas de la justicia y del saber.

Cuando la piqueta del revolucionario empezó la demolición de la obra inicua, encontró la brecha abierta por los grandes espíritus de la edad moderna. Desde Rabelais y Montaigne hasta Diderot y Voltaire, todos se levantaron contra las creencias absurdas, reclamaron los derechos de la razón; su elocuencia sincera debía armar más tarde el brazo popular que es el eterno ejecutor, el que sin vacilar da su vida para llevar á la realidad el ideal que otros concibieron.

La Revolución, y ese es su carácter más inesperado y más hermoso, fué no solo anticristiana sino antireligiosa, fué el primer movimiento laico, destruyó los dogmas pero no los reemplazó, quiso la libertad completa, amplia; por eso fué humanitario, por eso edificó para el porvenir.

Hizo más aun, creó la educación popular. Igualitaria en su esencia quiso la escuela para todos. Para la gran masa olvidada, para el miserable y el ignorante quiso la patria común, todos eran ciudadanos.

Cuando se piensa en lo que era el hombre del pueblo, la plebe, no ya en la Edad Media, sino en el siglo de Luis XV; en lo que eran esos campesinos miserables muriendo de hambre sobre sus campos secos, en la profunda noche moral en que se hallaban, casi de otra

especie que los nobles, humillados, golpeados, cuando se piensa que los nietos de estos hombres, rehabilitados, ennoblecidos, tienen una patria que defienden, hablan de fraternidad, de derecho, abren escuelas para sus hijos y trabajan confiados en una era de paz universal, se llega á participar del entusiasmo de Michelet, de ese hombre que ha puesto todo su corazón en su historia cuando exclama: «París ha cometido grandes faltas, están presentes en mi memoria. Pero con todas sus faltas, cuando pienso en lo que ha hecho para las libertades de la especie humana, tengo ganas de besar las piedras de sus monumentos y los adoquines de sus calles».

Lo que han hecho la Convención y la Asamblea Constituyente para la educación del pueblo, en tan poco tiempo, en momentos tan borrascosos, apenas lo creeríamos. Decretóse en el 92 la enseñanza gratuita y obligatoria, estableciéndola como deuda que la Nación reconoce hacia todo ciudadano. Puso la escuela bajo la dirección de los padres y madres de familia, comprendiendo la necesidad tan sentida actualmente de esa cooperación entre los educadores del niño. El maestro debía hacer la solemne promesa, en presencia de las autoridades municipales, de los padres y de los niños, de cumplir con celo y asiduidad las importantes funciones á él conferidas; de esforzarse en propagar los conocimientos útiles é inspirar las virtudes morales y cívicas. Preocupóse de los medios para realizar este programa tan vasto como difícil. En un decreto del 12 de diciembre de 1792 se ordena la redacción de buenos libros de enseñanza de acuerdo con los progresos de la ciencia; y la Escuela Normal, la Escuela Politécnica, el Instituto, los colegios secundarios son obras de la Revolución.

Evidentemente, la escuela primaria no era nueva, la hemos visto aparecer en la época anterior, pero por primera vez se afirmaba «que el objeto de la escuela primaria es enseñar á todos los niños sus deberes primeros é indispensables, penetrarlos de los principios que deben dirigir sus actos y hacer de ellos, preservándolos de los peligros de la ignorancia, hombres más felices y ciudadanos más útiles».

Un escritor italiano, Andrés Angiulli, demuestra en una de sus obras, «La Filosofía y la Escuela», que la escuela debe hacer conocer la filosofía científica, puesto que el sentimiento religioso no es ya el sentimiento común, puesto que no responde á las necesidades actuales.

que haya siquiera comunión de ideas y de acción como consecuencia de la enseñanza filosófica. Este concepto podrá parecer novísimo, pero se encuentra encerrado en las palabras que he citado anteriormente, con las que empieza el primer proyecto de ley sobre la instrucción pública.

La unidad moral de la nación era comprendida y deseada más que nunca. Los pueblos habían tenido hasta entonces un símbolo de unión: el rey, todos eran súbditos. Pero la Francia no quiere rey, se afirma independiente ante la faz del mundo. La República se dice una é indivisible, pero la unidad no es más que aparente, la fuerza sólo la mantiene, la educación tiene que crearla. Es que la unidad de un pueblo no se decreta; obra larga y difícil, es producto de la vida misma.

Lo que la Francia revolucionaria hizo para la educación representa un soberbio esfuerzo hacia la liberación completa, la liberación de las conciencias; pero merecía suerte mejor. No fué seguido por la Francia imperialista, ni por la Francia realista. Había declarado que la escuela formaba ciudadanos; para el primer imperio preparaba súbditos fieles del Emperador y de la monarquía imperial depositario de la felicidad de los pueblos. Y Luis XVIII quería que sirviesen para propagar las buenas doctrinas y las miras políticas del gobierno que las había creado.

Sin embargo, no se perdió el esfuerzo. La marcha hacia adelante no ha sido nunca una línea recta. No por haber retrocedido se ha dejado de avanzar.

El principio proclamado vive en la escuela primaria de hoy, vive en la escuela laica, vivirá en la que preparamos cada día.

Cuando el pueblo abolió la tiranía de los dioses arrancó la infancia de las manos de su peor enemigo. No se permitió el infame y lento envenenamiento del espíritu que mata la voluntad y el sentimiento, quita á la víctima toda fuerza de resistencia y falsea de tal modo su juicio, que lo hace á menudo rebelarse contra el que quiere su liberación. Cuando se declaró la educación obra de la nación, borrando dogmas é imposiciones, se destruyó el espíritu de autoridad, y la infancia que es todo vida, todo esperanza fue salvada de la influencia de los hombres negros que no la pueden amar porque su fé es contraria á la naturaleza, porque están fuera de la sociedad y en contra de ella, porque son el pasado y el niño es el porvenir.

Ellos no se han dejado atacar sin resistir, han comprendido, por último, que no era posible detener la corriente y han pretendido desviarla; vanos esfuerzos, para ellos está grabada la frase dantesca: dejad aquí toda esperanza; el hombre ha entrado en la senda de la razón. Admiten la ciencia en sus institutos, ella los destruirá; quieren armonizar el dogma con los conocimientos actuales, y es para que mejor resalte el absurdo. La iglesia ha perdido su prestigio, el mundo se ríe de las excomuniones.

Si ha caído este poder, inmenso en una época; si la humanidad se ha curado de uno de sus mayores males, ¿cómo no ha de curarse de los otros? Curará del dogma patriótico, desaparecerán las desigualdades sociales que hacen que la inmensa mayoría tenga ante todo el derecho de sufrir al lado de los que tienen el de gozar de la vida en toda su belleza. Surgirá la aurora de paz y de felicidad para los hombres cuando éstos sean mejores, más inteligentes, justos y altruistas; cuando el egoísmo no sea el sentimiento eje de toda la personalidad, cuando sea posible la educación realmente científica, sin que alejen de ella las condiciones económicas, y todo individuo desarrolle todas las aptitudes útiles á la sociedad y á sí mismo.

La escuela que elabora el porvenir es la escuela libre, sin dogmas, dirigida por el conocimiento exacto de la naturaleza humana y del desarrollo de la vida; la que tiene sus educadores en todas partes: en la familia, en la ciudad, en el país, en el libro, en el museo; la que es una acción social á la cual todos deben contribuir, vivificada la gran ley de solidaridad que es la razón de ser de la humanidad.

ALICIA MOREAU.



El Partido Socialista Argentino

Antes de venir á la Argentina, yo conocía, á grandes rasgos, el partido socialista de aquí, por haberme hablado de él el amigo Ugarte en París, durante el congreso socialista internacional, y porque el Dr. Palacios me había mandado á Italia cartas y después discursos parlamentarios.

Llegado á Buenos Aires viniéronme á saludar varios socialistas (á quienes había ya escrito que no venía aquí para dar conferencias socialistas, porque me parecía que, después de 15 años de sacrificios dados al partido y al proletariado en Italia y Europa, tenía el derecho de proveer á las necesidades de mi familia).

Yo los acogí fraternalmente y al Dr. Justo y al Dr. Palacios dije abiertamente mi pensamiento sobre el partido socialista argentino,—que está conforme con el de otros socialistas de Europa, miembros del «Bureau Socialiste International», el cual se ha ocupado de este punto modificando el criterio de votación en los congresos internacionales, siendo absurdo que el partido socialista de la Argentina tuviéra igualdad de votos con el partido, por ejemplo, de Alemania.

Y por eso se introdujo el criterio del voto proporcional. El Dr. Justo me dijo que mi opinión le parecía equivocada. Yo le contesté que observaría bien los hechos, en estos tres meses, y después ó confirmaría ó modificaría mi opinión.

No tuve más el placer de verme con el Dr. Justo en las varias veces que me encontré con socialistas argentinos en el hotel y en las oficinas de «La Vanguardia».

Los socialistas me pidieron una conferencia á total beneficio de «La Vanguardia», á lo que accedí de todo corazón. Y así dí la conferencia en el teatro Victoria, en la cual yo terminé con mis observaciones sobre el partido socialista en la Argentina, porque los hechos me habían confirmado en mi convicción.

Que estas opiniones mías no gusten ahora á los socialistas argentinos (pero no á todos, porque sé que alguno de ellos, y de los más conocidos, es también de mi misma opinión), me disgusta también á mi.

Pero eso no podía impedirme decir todo mi pensamiento,

porque los métodos jesuíticos no pueden ser los de un hombre moderno.

Y yo pienso que los socialistas en la Argentina cumplen obra no sólo simpática y admirable por su coraje y su honradez política, sino también útil al país, porque constituyen el único partido que tenga un programa de cosas y de ideas y no de personas. Y esto dije también en el teatro Victoria.

Pero pienso (y esto es el «abece» de la sociología y del socialismo científico), que el partido socialista es, ó debe ser, el producto natural del país en donde se forma.

Aquí, en cambio, me parece que el partido socialista es importado por los socialistas de Europa que inmigran a la Argentina, é imitado por los argentinos al traducir los libros y folletos socialistas de Europa.

Pero las condiciones económico-sociales de la Argentina, que se encuentra en la fase agro-pecuaria (aunque técnica), son tales que hubieran evidentemente impedido á Carlos Marx escribir *aquí El Capital*, que él ha destilado con su genio del industrialismo inglés.

El «proletariado» es un producto de la máquina á vapor. Y sólo con el proletariado nace el partido socialista, que es la fase evolutiva del primitivo partido obrero.

Así en Italia, las provincias meridionales, que están en la fase agro-pecuaria, tienen un partido socialista debilísimo, mientras que las provincias septentrionales, que están en la fase industrial, han pasado del «proletariado obrero» al «partido socialista», que es allí muy fuerte. Así podría decir, en Europa, de la Suiza, etc.

Y el ejemplo de la Nueva Zelandia, que el Dr. Justo recordó en el teatro Victoria confirma esta observación elemental. Allí no existe industrialismo mecánico, en el sentido real de la palabra, y allí, existe un partido obrero, que hasta ha llegado al gobierno, pero no existe un partido socialista.

Pero, se dirá, en la Argentina existe un partido socialista. ¿Cómo entonces negar su razón de ser?

He respondido ya en el teatro Victoria al Dr. Justo con la doctrina de la «suplencia cerebral», según la cual algunas circunvoluciones cerebrales substituyen en el trabajo psíquico las específicas circunvoluciones enfermas ó desaparecidas, como para el lenguaje, la circunvolución de Broca,—y puedo añadir ahora otra comparación, menos científica, pero más popular.

Alguna vez suelo pedir en el restaurant un guiso de *liebre*. Y como en Europa las liebres son raras y caras, los mozos traen en lugar del guiso de liebre uno de conejo. Ahora bien, á mí no me desagrada el conejo, pero me desagrada que el mozo crea que soy tan «tonto» como para pasarlo por *liebre*. Y entonces llamo al mozo y le digo: Vd. dice que esto es guiso de liebre, pero le advierto que yo sé bien que esto no es sino guiso de conejo; lo como lo mismo con gusto, solamente deseo que sepa. Vd. que yo sé lo que como.

Y bien, lo mismo sucede con el partido socialista argentino. Se llama «partido socialista», pero no es sino un «partido obrero»—en su programa *económico* (8 horas, salarios altos, huelgas, trabajo de las mujeres y de los niños),—y es un «partido radical» (en el sentido europeo de la palabra) en su programa *político*.

Los radicales argentinos forman un partido del... mundo de la luna. Tienen un programa *negativo* (la abstención de la lucha política) y uno *positivo* (la revolución... con relativo militarismo), y por eso falta aquí un partido *radical positivo* como existe en Francia (Clemenceau) y en Italia (Sacchi).

Los socialistas argentinos cumplen la función específica de este partido radical que falta.

Hacen obra simpática y útil, y por eso, como dije en el Victoria, han merecido justamente las simpatías públicas.

Pero esto, si es bello y meritorio, ¡no es socialismo!

Partido y doctrina socialista sin propiedad colectiva es un absurdo. Y me maravilló muchísimo oír en el Victoria de labios del Dr. Justo que esto de la propiedad colectiva es un dogma no inseparable de la doctrina socialista.

Ahora bien, yo pienso—y esto es la parte siempre viva del marxismo—que sin propiedad colectiva no hay doctrina socialista.

Sin propiedad colectiva habrá... un guiso de conejo, ó también de *gato*, pero no ciertamente un guiso de *liebre*!

Cuando un país tiene todavía «tierras públicas» por individualizar, y por eso no está todavía en la fase *industrial*, es absurdo decir que aquí pueda existir un partido socialista que debe estar compuesto de *proletariado* (industrial y agrícola).

Aquí existe la agricultura técnica. Pero los medianeros ó pequeños propietarios no son socialistas. Pueden serlo los

braceros («peones»); pero estos son en gran parte inconscientes ó «golondrinas», que es imposible moral y materialmente organizar en un partido socialista.

Y los muchos obreros industriales que viven en Buenos Aires, no bastan para cambiar el carácter de la condición económica de la República Argentina, que está en la fase agro-pecuaria. Ellos son en realidad *trade-unionistas*. . . . que son bien distintos de los socialistas.

Son estas mis ideas sobre el partido socialista argentino, fruto de observaciones positivas y serenas.

Y lo he dicho y lo escribo con agrado mientras dentro de una hora deberé tomar el vapor, porque para un hombre que tiene conciencia socialista, el primer deber es el de decir la verdad (ó lo que á él le parezca la verdad, porque ningún hombre es infalible)—decir la verdad, siempre, sobre todo, para todos, contra todos.

Los socialistas argentinos sienten ahora el gusto amargo de mis observaciones, pero después se persuadirán, porque los hechos son más fuertes que los prejuicios ó que las ilusiones.

En cuanto á mi, estoy habituado en toda mi vida á pensar y á decir cosas que *chocan* con los hábitos mentales de adversarios y amigos.

Pero estoy también acostumbrado á ver que el tiempo ha venido muchas veces á darme la razón.

ENRIQUE FERRI.

Traducción de MARIO TIRONE.



Il Partito Socialista Argentino.

Prima di venire in Argentina. io conoscevo, a grandi linee, il partito socialista di qui, perchè l'amico Ugarte me ne aveva parlato à Parigi) durante il congresso socialista internazionale. e perchè il dottor Palacios mi aveva mandato in Italia sue lettere e poi discorsi parlamentari.

Arrivato in Buenos Aires, parecchi socialisti (ai quali avevo già scritto che qui venivo non per dare delle conferenze socialiste anche perchè mi pareva, dopo 15 anni di sacrifici dati al partito ed al proletariato in Italia ed Europa, di avere il diritto di provvedere alle necessità de la mia famiglia) mi vennero a salutare. Io li accolsi fraternamente e al dottor Justo e al dottor Palacios dissi apertamente il mio pensiero sul partito socialista argentino, che è conforme à quello di altri socialisti d'Europa, membri del *Bureau Socialiste International*, che si è occupato modificando il criterio di votazione nei Congressi Internazionali, essendo assurdo che il partito d'Argentina abbia parità di voto col partito, per esempio, di Germania. E per ciò si introdusse il criterio del voto proporzionale.

Il dottor Justo mi disse che la mia opinione gli sembrava errata. Io gli risposi che avrei osservato bene i fatti, in questi tre mesi, e poi avrei confermata ó modificata la mia opinione. Non ebbi più il piacere di trovarmi col dottor Justo, ne diversi colloqui avuti con socialisti argentini, all'albergo e nell'ufficio della *Vanguardia*.

I socialisti mi chiesero una conferenza a totale beneficio della *Vanguardia* ed io vi acconsentii di gran cuore. E così diedi la conferenza al teatro Victoria, nella quale io ho concluso con le mie osservazione sul partito socialista in Argentina perchè i fatti me ne avevano confermata la convinzione.

Che queste mie opinioni dispaciano ora, ai socialisti argentini (non a tutti, però, perchè so che qualcuno di essi, è de' più noti, e pure della mia stessa opinione), fa dispiacere anche á me. Ma ciò non poteva impedirmi dal dire tutto il mio pensiero, perchè i metodi gesuitici non possono essere quelli di un uomo moderno. Ed io penso che i socialisti in Argentina compiono opera non solo simpatica ed ammirabile per il loro coraggio è la loro onestà politica ma anche utile al paese, perchè sono il solo partito che abbia un programma di cose e di idee e non di persone. E questo dissi nel teatro Victoria.

Però io penso (e questo è l'abbiç della sociologia è del socialismo scientifico) che il partito socialista è, o deve essere, il prodotto naturale del paese dove si forma.

Qui invece mi sembra che il partito socialista sia importato dai socialisti d'Europa che immigrano in Argentina e sia imitato, dagli argentini, col tradurre i libri e gli opuscoli socialisti d'Europa.

Ma le condizioni economico-sociali dell'Argentina, che è nella fase agro-pecuaria, (per quanto tecnicizzata) sono tali che evidentemente Carlo Marx non avrebbe potuto scrivere *qui* il *Capitale*, ch'egli ha distillato col sugo, dall'industrialismo inglese.

Il «proletariato» è un prodotto della macchina a vapore. E solo col proletariato nasce il partito socialista, che è la fase evolutiva del primitivo partito operaio.

Così in Italia, le provincie meridionali che sono nella fase agro-pecuaria hanno un partito socialista debolissimo, mentre le provincie settentrionali, che sono nella fase industriali, sono passate dal «partito operaio» al «partito socialista» che vi è molto forte. Così potrei dire, in Europa, della Svizzera, etc.

E l'esempio della Nuova Zelanda che il dottor Justo ricordò al teatro Victoria, conferma questa osservazione elementare: là non v'è industrialismo meccanico, nel senso reale della parola, e là c'è un partito operaio (arrivato anzi al governo) ma non c'è un partito socialista.

Però—si dirà nell'Argentina esiste un partito socialista, come potete dunque negare la ragione d'essere?

Ho già risposto, nel teatro Victoria, al dottor Justo colla dottrina della «supplenza cerebrale» per cui talune circonvoluzioni cerebrali sostituiscono nel lavoro psichico le specifiche circonvoluzioni malate o scomparse, come per il linguaggio, la circonvoluzione di Broca—e posso aggiungere ora un'altro paragone, meno scientifico, ma più popolare. Talvolta al restaurant io ho chiesto un intingolo di *lepre*. Siccome, in Europa, le lepri sono rare e costose, i garzoni portano, invece, dell'intingolo di *coniglio*.

Ora a me non dispiace il coniglio, ma mi dispiace che il garzone credi che io sono così «tonto» da mangiarlo come *lepre*. Ed allora chiamo il garzone e dico: Voi dite che questo è intingolo di *lepre*, vi avverto però che io so bene che questo è, invece, intingolo di *coniglio*; io lo mangio volentieri lo stesso, soltanto desidero sappiate che io so quello che mangio.

Ebbene lo stesso è per il Partito Socialista Argentino. Si chiama «partito socialista», ma è invece un «partito operaio»—nel suo programma economico (8 ore, salari alti, scioperi, lavoro delle donne e fanciulli, ecc.)—ed è un «partito radicale» (nel senso europeo della parola)—nel suo programma politico.

I radicali argentini sono un partito del.... mondo della luna. Hanno un programma negativo (l'astensione dalla lotta politica) ed uno positivo (la rivoluzione.... con relativo militarismo) e per ciò qui manca un partito radicale positivo, come è in Francia (Clemenceau) ed in Italia (Sacchi).

I socialisti argentini compiono le funzioni specifiche di questo partito radicale, che manca. Fanno opera simpatica ed utile e per ciò, come dissi al Victoria, hanno giustamente molte delle simpatie pubbliche.

Ma questo, se è bello e meritorio, non è socialismo! Partito e dottrina socialista senza proprietà collettiva è un assurdo. E mi meravigliò molto udire, al Victoria, dal dottor Justo che questo della proprietà collettiva è un dogma che non è inseparabile dalla dottrina socialista.

Ora io penso—e questo è la parte sempre viva del marxismo—che senza proprietà collettiva non c'è dottrina socialista.

Senza proprietà collettiva si avrà.... un intingolo di coniglio, e magari di gatto, ma non certo un intingolo di *lepre*!

Quando un paese ha ancora delle «terre pubbliche», da individualizzare e per ciò non è ancora nelle fase industriale, è assurdo parlare che vi possa essere un partito socialista, che deve essere composto di proletariato (industriale ed agricolo).

Qui c'è la agricoltura tecnicizzata, ma i mezzadri o piccoli proprietari non sono socialisti. Possono esserlo i braccianti (*peones*); ma questi sono in massima parte degli inconscienti o delle «rondinelle» che è impossibile, moralmente e materialmente, di organizzare in un partito socialista.

E i molti operai industriali che sono a Buenos Aires non bastano a cambiare il carattere fondamentale della condizione economica della Repubblica Argentina, che è nella fase agro-pecuaria. Essi sono, in realtà, dei *trade-unionisti*.... che sono ben diversi dai socialisti.

Sono queste le mie idee sul Partito Socialista Argentino, frutto di osservazioni positive e serene.

E le ho dette e le scrivo volentieri, mentre fra un'ora dovrò trovarmi sul piroscafo, perchè per un uomo che abbia coscienza socialista il primo dovere è quello di dire la verità (ciò quello che a lui sembra la verità, perchè nessun uomo è infallibile); dire la verità, sempre, su tutte, per tutti, contro tutti.

I socialisti argentini, adesso, sentono il sapore amaro delle mie osservazioni: ma poi si persuaderanno; perchè i fatti sono più forti dei pregiudizii e delle illusioni.

Quanto a me, io sono abituato, per tutta la vita, a pensare e dire cose che urtano con le abitudini mentali di avversari e di amici.

Ma sono anche abituato a vedere, che il tempo è venuto molte volte a darmi ragione.

CeDInCI ENRICO FERRI

Buenos Aires, 29 Ottobre 1905.



El profesor Ferri y el Partido Socialista Argentino

Cinco horas después de desembarcar en Buenos Aires el profesor Ferri, espontáneamente, sin que le plantearamos la cuestión, nos decía que el Socialismo en este país es una «flor artificial». Asombrados de un juicio semejante, lanzado de improviso entre una consulta al empresario Walter Mochi y una entrevista con el redactor de un diario oficial, dijimos al profesor Ferri que tal era la opinión de la burguesía criolla, pero que á él le sentaba mejor reservarla para cuando hubiera conocido algo el país y nuestro partido. Ferri se puso entonces de pié, y nos dijo solemnemente: «Hablo como sociólogo, como hombre de ciencia».

Pasaron tres meses, durante los cuales el sociólogo buscó el aplauso de la prensa rica, admiró el lujo de Buenos Aires, fué recibido por lo más granado de la oligarquía y la más alta burocracia, oyó de labios de un ministro el relato de la revuelta que lo había llevado al gobierno, cerró los ojos ante el insensato fraude electoral dirigido por sus amables huéspedes el presidente de la república y el jefe de policía, recibió el homenaje de universidades, anduvo mucho en ferro-carril, dió en todas partes conferencias miscelánicas, ganó dinero y evitó en lo posible todo contacto con el pueblo. Y después de esa vertiginosa gira, que ha puesto á prueba su simpática voz y su gran talento verbal, el profesor Ferri ha confirmado su sentencia de la primera hora: el socialismo argentino no tiene razón de ser.

Para un observador imparcial y sobrio de juicio, este país ofrece el cuadro singular de una sociedad moderna, íntimamente vinculada al mercado universal, y cuya vida política está en manos de titulados partidos sin equivalentes ni afines en la política de ningún otro país moderno. Agrupaciones efímeras, sin programa ni principios, ni más objetivo que el triunfo personal del momento, los partidos de la política criolla, pasada la frontera, carecen de todo sentido. Pregúntese en la Asunción que es un «autonomista» argentino, y será tan difícil obtener una respuesta como nos sería darla si nos preguntaran qué es un «colorado» paraguayo. Basta á veces pasar de una provincia á otra para que esas denominaciones ficticias pierdan todo

significado. ¿Qué es en Corrientes un «consejador» de Buenos Aires? ¿Qué es en Buenos Aires un «liberal» correntino? Frente á ese caos de facciones y camarillas, cuya única palabra de órden y único vínculo interno es el nombre del *condottiere* que las guía al asalto de los puestos públicos, ha aparecido y se desarrolla el Partido Socialista, que, sin excluir á nadie de su seno, se presenta ante todo como la organización política de la clase más numerosa de la población, la de los trabajadores asalariados. Representa una corriente de opinión extendida por el mundo entero civilizado; está en relación regular con los partidos afines extranjeros; sus costumbres son las de la democracia moderna; tiene centros organizados en los principales puntos del país; es la única agrupación política de vida progresiva y permanente, que sostiene un programa, celebra grandes asambleas, y vota, despreciando por igual la inercia de la mayoría de los electores y las malas artes del gobierno. Es, en una palabra, para el observador sobrio é imparcial, el único partido que existe. Pues para el profesor Ferri, inmovible en su preconcepción, es el único que no tiene razón de ser! Así, aquel famoso profesor de medicina, al encontrar sano y bueno á un paciente cuya muerte próxima había pronosticado, le dijo con aplomo académico: Vd. está muerto para la ciencia!

En lugar de admirar en nuestro desarrollo la fecundidad de la idea socialista, capaz de inspirar al pueblo una acción buena é inteligente bajo todos los climas y en condiciones históricas relativamente distintas, en lugar de ampliar su propio concepto del Socialismo bajo la influencia de lo que aquí pensamos y hacemos, el profesor Ferri, con una ciencia de pacotilla, viene á decirnos: aquí no hay gran proletariado industrial, luego no puede haber Socialismo.

Efectivamente, no tenemos una industria como la de Inglaterra, donde escribió Marx *El Capital*; pero el último capítulo de este libro, titulado «la teoría moderna de la colonización», expone y prevee con exactitud admirable lo que hace la clase gobernante para crear rápidamente un proletariado en países como este.

No traen para eso los gobiernos de los países coloniales máquinas á vapor. Aunque lo diga el profesor Ferri, el proletariado no es un producto de ésta. Apareció y se desarrolló en Europa varios siglos antes que se generalizara el motor inventado por Watt, y alimentó de brazos en el

siglo 17 la manufactura capitalista, y después las fábricas movidas por la fuerza hidráulica. El proletariado resultó de la disolución de la sociedad feudal, de la clausura de los conventos por la reforma religiosa, del desalojo de los campesinos por la transformación del dominio feudal de la tierra en propiedad privada estricta de los señores, por la usurpación de las tierras comunales, por la venta de los bienes de la iglesia. Como relación política y jurídica de coerción, la de proletario y burgués fué en su principio obra del despojo violento, de las leyes inicuas, no del progreso técnico. La máquina a vapor ha venido después á acelerar en el siglo 19, la mecanización de la industria toda y la desaparición del antiguo artesanado, á acercar y confundir á los pueblos revolucionando los transportes, á impulsar el aumento de la productividad del trabajo.

Y al expandirse el capital en el siglo pasado, junto con la población europea, á vastas tierras vírgenes despobladas, se planteó para la clase gobernante un problema nuevo: ¿cómo crear en las colonias la clase de trabajadores asalariados necesaria para la explotación capitalista? ¿cómo improvisar un proletariado donde la abundancia de tierras libres y abiertas al cultivo permite á cada recién llegado convertirse en un productor autónomo? Se había visto á un capitalista desembarcar en Australia con un cargamento de proletarios europeos y un capital en provisiones y útiles de trabajo, inclusive varias máquinas á vapor, y quedarse al día siguiente solo con su «capital», sin la ayuda siquiera de un sirviente.

El problema se resolvió teórica y prácticamente con lo que sus autores llamaron la «colonización sistemática», y que ha sido realmente la implantación sistemática en estos países de la sociedad capitalista, la colonización capitalista sistemática. Consiste en impedir á los trabajadores el acceso inmediato á las tierras libres, declarándolas de propiedad del Estado, y asignándoles un precio bastante alto para que los trabajadores no puedan desde luego pagarlo. Necesita entonces el productor manual trabajar como asalariado, por lo menos el tiempo preciso para ahorrar el precio arbitrariamente fijado á la tierra, especie de rescate que paga para redimirse de su situación de proletario. Y con el dinero así obtenido, el Estado se encarga de busearle reemplazante, fomentando la inmigración, el arribo de nuevos brazos serviles. En las colonias latino-americanas la clase trabajadora,

formada en gran parte por mestizos é indígenas, fué desde un principio excluida de la propiedad del suelo, adjudicado á los señores en grandes mercedes reales. Y desde que el progreso técnico-económico del mundo ha empezado á repercutir también aquí, la clase gobernante practica instintivamente, sin teoría alguna, sin más guía que sus apetitos de lucro inmediato y fácil, la colonización capitalista sistemática. Con circunstancias agravantes, porque no sólo acapara la propiedad del suelo todavía sin cultivo, y, por cuenta del Estado, provee de brazos á los empresarios, sino que, para intensificar la explotación del trabajador, recurre á procedimientos medievales, como el envilecimiento de la moneda, y á un sistema de impuestos sólo comparable con la gabela y la capitación de la antigua Francia.

De esa manera se ha formado en este país una clase proletaria, numerosa relativamente á la población, que trabaja en la producción agro-pecuaria, en gran parte mecanizada; en los veintitantos mil kilómetros de vías férreas; en el movimiento de carga de los puertos, de los más activos del mundo; en la construcción de las nacientes ciudades; en los frigoríficos, en las bodegas, en los talleres, en las fábricas. Y á esa masa proletaria se agrega cada año de un 1/5 á 1/4 de millón de inmigrantes.

Como muy exactamente dice el profesor Ferri, los peones de este país son en su mayor parte inconscientes. Serán mejor tratados por eso? ¿Están por eso más cerca de hacerse propietarios? No es la inconciencia de los peones un motivo más para que los trabajadores conscientes redoblen la agitación? Sería más normal y más rápida la evolución histórica de este país, si dejáramos crecer el proletariado sumido en la superstición de la propiedad y de la autoridad?

Nos habla el profesor Ferri de los peones «golondrinas». Y ese mismo ejército proletario de reserva, que cada año cruza los mares para trabajar en los miles de trilladoras á vapor que funcionan cada verano en este país, no es la mejor prueba de que la agricultura argentina es á tal punto capitalista y está en tal grado vinculada á la economía mundial que ya no puede engendrar las ideas políticas de los viejos pueblos de campesinos propietarios? Nos habla el profesor Ferri de qué hay todavía aquí «tierras públicas á individualizar». ¿Se ha preguntado cómo se hace esa individualización? Ha encontrado aquí algún *pioneer*, como los que, armados de un hacha y

un arado, se han posesionado del suelo norteamericano, para hacer cada uno su hogar y su chacra, no sólo reconocidos, sino favorecidos por la ley en su propiedad?

Nos asegura que los medieros, y los pequeños propietarios, tan escasos—estos últimos entre nosotros, no son socialistas. Lo serán más los millones de pequeños propietarios europeos, partidarios desde luego de los derechos de aduana sobre los granos y las carnes de América, derechos que el partido obrero quiere abolir? Si la situación agraria ofrece dificultades á la doctrina socialista, ellas son indudablemente mayores en Europa que aquí.

¿Qué quiere decir el profesor Ferri cuando objeta al socialismo argentino que estamos aún en «la fase agropecuaria»? Acaso que la agricultura va á desaparecer para que advenga lo que él llama socialismo? O que la sociedad comunista europea, ya próxima á establecerse, tratará, mano á mano, con el presidente Figueroa Alcorta, como jefe de esta oligarquía de terratenientes, el cambio de los granos, las carnes, las lanas, y los cueros argentinos por los productos de la industria de aquella cooperativa continental?

Toda la exposición de Ferri está impregnada de un dogmatismo estrecho, que le ha impedido comprender las objeciones más fundamentales, si no es que las ha entendido mal por no conocer la lengua. Yo no he dicho que la propiedad colectiva sea un dogma separable de la doctrina socialista. Yo también pienso que sin la propiedad colectiva—es decir, sin la hipótesis de la futura propiedad colectiva—no hay doctrina socialista. Pero esa hipótesis, tan fundada y tan simpática, no es fecunda sino en cuanto nos conduce á prepararnos para la propiedad colectiva, á realizar desde ya el colectivismo posible, capacitando á la clase trabajadora para la cooperación libre y la acción política. Y este es el método socialista, tan separable de la doctrina y tan superior á ella en trascendencia histórica como la técnica y la experimentación modernas respecto de la teoría del eter.

Por eso la parte más viva del marxismo no es la hipótesis de la futura propiedad colectiva, sino la práctica de la lucha de clases, moderna y actual. Ferri cree lo contrario, y de ahí su distinción trivial entre partido obrero y partido socialista, cuando hace sesenta años, en su inmortal manifiesto comunista, Marx y Engels decían ya lo siguiente: «En qué relación están los comunistas para con los proletarios en general? Los comunistas no son

un partido especial frente á los otros partidos obreros. No tienen interés alguno distinto de los intereses del proletariado en general. No establecen ningún principio especial según el cual quieran modelar el movimiento proletario. Los comunistas se distinguen de los otros partidos proletarios sólo en que, por una parte, en las distintas luchas nacionales de los proletarios proclaman y hacen valer los intereses del proletariado entero independientes de la nacionalidad, y por otra, en que representan siempre el interés del movimiento entero en las diferentes etapas de la lucha entre proletariado y burguesía. Los comunistas son, pues, prácticamente la parte más decidida y propulsiva de los partidos obreros de todos los países; antes que la restante masa del proletariado, tienen la visión teórica de las condiciones, la marcha y los resultados generales del movimiento proletario».

Hablé de Nueva Zelandia en el teatro Victoria para mostrar que la idea de la propiedad colectiva encuentra aplicación en ese país, en el proceso mismo de la «individualización» de las tierras públicas. Se las entrega al dominio privado con limitaciones de tiempo y con beneficio para el Estado del incremento de su valor. Ferri dice que no hay en aquel país un partido socialista, sino un partido obrero. En realidad el partido neozelandés cuya gran obra social van á estudiar de todas partes, y Metin ha descrito como «el socialismo sin doctrina», se llama partido progresista (Progressive Party), y cuenta indudablemente con la gran mayoría del voto obrero. Es en Australia donde hay un partido obrero (Labor Party), que ha llegado ya alguna vez al gobierno, y propicia la misma política agraria.

De tal manera las teorías modernas sobre la propiedad se imponen en la política práctica de esos países coloniales, donde los creadores de toda una legislación nueva no hablan para nada de socialismo. Hacen socialismo, pero no se llaman socialistas, y Ferri dice por esto que no lo son. Nosotros queremos hacer socialismo, y nos titulamos socialistas, y Ferri dice que no debemos llamarlos así.

Nos explicamos que el profesor Ferri esté ajeno á lo que sucede en países tan distantes en todo sentido del suyo, en los cuales asistimos á la formación de clases enteras de nuevos propietarios que, porque son nuevos, están tocados por el espíritu socialista, y, dígame ó no la

ley escrita, saben que su derecho de propiedad es condicional, relativo, prescriptible.

Pero la incapacidad tal vez momentánea, del profesor Ferri para el método socialista, vale decir, para la obra socialista, se evidencia cuando él afirma que el alza de los salarios conseguida por la acción gremial se acompaña de una elevación de los precios, error propagado por los apologistas del capital para desorientar la acción obrera, y desautorizado por la estadística del último siglo, tanto para Europa como para América. *La Vanguardia* del 1.º de Mayo de 1906 publicó un diagrama norteamericano, de fuente oficial, que mostraba cómo el alza de los salarios y el acortamiento de la jornada han coincidido en las últimas décadas con la baja de los precios. Otro gráfico, construido por March, director de la Oficina Internacional de Estadística, y expuesto en la sección de Economía Social de la Exposición de París de 1900, como resumen de las investigaciones de todo el siglo 19, indica que durante este el costo de la vida subió de 45 á 55, mientras que los salarios en dinero subieron de 45 á 105, es decir, que casi se duplicaron los salarios reales.

Habla el profesor Ferri, con una lijereza estupenda, de nuestro programa mínimo. Encuentra que nuestras aspiraciones del momento, las 8 horas, etc. son muy poca cosa. Le contestaremos con las palabras de Carlos Marx, en el discurso inaugural de la Internacional: «Y por eso la ley de las diez horas fué no sólo un gran éxito práctico, fué el triunfo de un principio».

No sabemos si es por las circunstancias peculiares de su viaje á Sud América, pero el profesor Ferri parece mirar el Socialismo como una promesa, como una creencia, y, por otra parte, como una fórmula, como un teorema.

Para nosotros, el Socialismo es la acción en bien del pueblo trabajador, ante todo la acción del mismo pueblo trabajador en su propio bien, y, para no equivocarse, en su bien mensurable. Chocan entre sí las doctrinas y las escuelas, y aún dentro del Partido Socialista Internacional hay opiniones tan distintas como la de Ferri y la nuestra. Contar, pues, en el haber del pueblo un rótulo de partido sería tan expuesto á error como contar sus esperanzas.

Se ha de medir el resultado de la acción socialista, no por el número de los que se titulan tales, sino por la elevación material, intelectual y moral del pueblo determinada por esa acción y registrada por la estadística. Y en este movimiento histórico, que sujeta á un contralor

tan severo la realización de sus fines positivos, intervienen, junto con las necesidades fisiológicas del pueblo, los más altos ideales.

El conferenciante que ha hablado en Buenos Aires «de Jesús al Socialismo» ante un auditorio mundano, si ha visto en Jesús el hombre y no el dios, si ha presentado el Socialismo como una nueva psicología colectiva y no como una nueva Ciudad del Sol, debería ser el primero en comprender la propagación de los nuevos ideales á estos países.

No nos basta la declaración de los derechos del hombre, hecha por los revolucionarios burgueses del siglo 18. También aquí aquella pomposa fórmula nos resulta rancia y vana. En nuestra evolución técnico-económica nacional la tahona y las corporaciones cerradas de gremio han tenido menos papel que en la Europa. Nunca llegará tal vez la mayor parte de nuestro suelo á estar dividido, como el de Francia, en fracciones de menos de 40 hectareas. Así también es infinitamente probable que en nuestra evolución política no haya lugar para el partido radical á la franco-italiana que nos receta el Sr. Ferri.

Si todavía no lo viéramos en este mismo país, el cuadro de los grandes pueblos modernos, con la centralización industrial, la acumulación de inmensas riquezas en pocas manos, los monopolios, las crisis y la lucha de clases, nos señalaría nuestro propio porvenir. Y los ideales no se adoptan por temporada, como alquilamos una casa, previendo el plazo en que vamos á desocuparla. Necesariamente se apoderan de nosotros los más universales, los más eternos que somos capaces de sentir. Hé aquí, pues, el ideal socialista propagándose entre nosotros, obreros numerosos que roban horas al sueño y sacrifican sus recursos precarios á la emancipación de su clase; mujeres que abandonan el confesionario para acudir á la conferencia ó al mitín; hombres de ciencia que encuentran en la obra social, humilde y oscura, un campo incomparable de estudio y experimentación; artistas que buscan su inspiración en el drama inmenso de la vida del pueblo; algún patron tal vez que aspira á hacer de sus obreros sus discípulos y asociados; algún propietario que hace de sus privilegios un bien social; todo un partido que acusa y amenaza á los explotadores y prepotentes! No encontrará á todo esto explicación ó disculpa el profesor Ferri, si quiera en nuestra «latinidad»? Explíquese el retardo y la lentitud del desarrollo del Partido Socialista en Ingla-

terra, donde Marx escribió *El Capital*; y comprenderá entonces mejor la precocidad del Partido Socialista en este país, donde «no hubiera podido escribirlo».

Ha sido tan grande el estupor causado en algunos excelentes compañeros por las palabras de Ferri sobre el socialismo argentino, que consideran su viaje á estas tierras como una desgracia. Aparte de alguna ligera mortificación de amor propio de partido, no encuentro en su visita sino ventajas. Desde luego la de haberlo conocido personalmente. Al ver de cerca á este eminente miembro del Partido Socialista, tiene que haberse fortificado nuestra convicción de que lo más firme y genuino del Socialismo está en la conciencia y la capacidad de la masa del pueblo. Hay hombres de grandes hechos y de grandes ideas; pero con harta frecuencia la admiración por su obra degenera en una superstición por sus personas ó por sus fórmulas. Difícil se hace entonces distinguir entre la grande acción y el gesto artificioso, entre la idea grande y el sofisma pedantesco. Sólo están á cubierto de esa superstición y de este engaño los hombres estimulados á la acción constructiva por un sentimiento intenso.

Ferri cree haber desautorizado el socialismo en este país. Lo habrá robustecido si reconocemos las medias verdades contenidas en sus temerarias afirmaciones.

Dice que desempeñamos la función de un partido radical á la europea; pongamos entonces mayor empeño, en llevar á su madurez de juicio á los radicales doctrinarios que haya en el país; hagámosles sentir y comprender que su puesto está en nuestras filas.

Presenta como un obstáculo al socialismo la actual economía agrícola argentina; dediquemos, pues, mayor esfuerzo á la política agraria que ha de acelerar la evolución técnico-económica del país, y también su evolución política enrolando en nuestro partido á los trabajadores del campo.

Nos excomulga Ferri, por fin, en nombre de la doctrina. Sea ello para nosotros una inmunización más contra la tendencia anquilosante de la doctrina. Clasifiquemos los hechos conocidos, escudriñemos lo que nos auguran, culti- vemos la teoría que ha de iluminar nuestra marcha hacia el porvenir. Pero esa doctrina, obra nuestra, no la dejemos cristalizarse en boca de los charlatanes y de los epigonos, para que no se sobreponga á nosotros. Infundámosle siempre nueva vida, preñándola constantemente de hechos nuevos, haciéndola recibir en su seno todas las nuevas

realidades, para que no degeneren en un nuevo evangelio. Que al prolongarse, y extenderse nuestro movimiento, y adquirir nuevas modalidades, se ensanche y enriquezca nuestra doctrina; que crezca eternamente, á diferencia de los credos, momificados apenas dados á luz. Y con todo eso nuestro partido será más grande, más fuerte, más socialista.

J. B. JUSTO.

CeDInCI



El porvenir del Socialismo en la Argentina

Consideraciones preliminares

En toda época histórica, el sistema económico de cambio y de producción y la organización social, necesariamente deducida del mismo, constituyen la base sobre la cual se asienta y únicamente puede subsistir la historia política e intelectual.—Engels.

Después del aventurado juicio de Enrique Ferri sobre el socialismo argentino, podríamos vaticinar, con más fundamento que Brunetière, la bancarrota de la ciencia. Pues todo el espíritu de observación y el claro concepto de los «hechos» que nosotros suponíamos en el maestro italiano, se nos han revelado en valor muy escaso, sino negativo. Ferri no ha querido descender de su cátedra; y las perspectivas son muy engañosas para los que contemplan la realidad desde tan alto asiento. Retorna sin conocer el país, sin explicarse qué elementos y qué fuerzas constituyen el núcleo de nuestra nacionalidad, sin haber examinado las condiciones de vida de la clase obrera, y las causas próximas ó remotas que retardan su actividad, sin apreciar las diferencias esenciales que distinguen á las colectividades de las viejas naciones europeas de las colectividades de nuestras jóvenes repúblicas. Pero esto no ha obstado para que Ferri emitiera su opinión sobre nuestro partido, y prometiera, extremando su ligereza, escribir un libro sobre la Argentina.... Nada más prematuro ni más exótico podría concebirse. Queda, entre tanto, frente á las afirmaciones pueriles del sociólogo, la obra positiva y duradera del socialismo. Porque ¿quién con un criterio imparcial y sereno va á negar la eficacia de nuestra acción? ¿Cabría decir que el árbol cuya sombra vemos ensancharse día á día, á pesar de los golpes de hacha y del soplo de los vientos adversos, apenas toca con sus raíces la superficie de la tierra?

El error de Ferri deriva, indudablemente, de su concepción doctrinaria y dogmática del socialismo. Las faces de nuestra evolución no pueden ser, por el mismo determinismo histórico, análogas á las faces evolutivas de las naciones europeas. Además, el socialismo, como idea

y como hecho concreto, no necesita para existir estados sociales preestablecidos, sino que brota espontáneo allí donde existen explotados y explotadores, ó se manifiestan en cualquier forma las condiciones de vida de la sociedad capitalista. Ciertamente es que determinados progresos de la civilización actual, como la implantación de la gran industria, favorecen evidentemente el desarrollo de la doctrina por el crecimiento mismo de las masas proletarias. Pero, la gran industria no es la condición indispensable para la existencia del socialismo, ni puede decirse que éste sea prematuro cuando siembra su semilla en el terreno donde la gran industria deberá fuertemente desarrollarse. El socialismo, como aspiración universal del proletariado, no puede reconocer vallas para difundirse; y siendo múltiple su acción, sería absurdo pretender limitarla cuando se concreta á sanear el ambiente político ó á preparar la obra de las reivindicaciones futuras. ¿Habríamos de esperar para entrar en lucha á que cada aldea de la república fuera un centro fabril ó al advenimiento remoto del colectivismo? ¿Dejaremos que las masas proletarias del país lleguen á su total envilecimiento para ir á enseñarles el camino de su emancipación?

Nada de quimérico hay, en verdad, en estas afirmaciones; y la razón de existir del socialismo entre nosotros, está en el hecho mismo de su existencia. Justificarlo, además, los fundamentos orgánicos y tradicionales de nuestra historia; y ellos también explican porque el socialismo no ha florecido con análogo vigor en todas las regiones del país. Los acontecimientos están hablando...

Las causas puramente económicas que determinaron el antagonismo entre Buenos Aires y las provincias argentinas resolviéndose en la turbulenta odisea de las guerras del caudillaje, al establecer la hegemonía de la burguesía urbana sobre la rural han establecido también una marcada diferencia entre el proletariado urbano y el proletariado de las regiones agrícolas y ganaderas. Y esta diferencia que se exterioriza en las distintas formas de aplicar las energías individuales ó colectivas, manifiestase con mas exacta expresión real cuando se observa el curso seguido por el socialismo en las capas subterráneas de nuestra incipiente democracia. En esto ha influido—más no como causa única—la industria fabril; pues allí donde aquella ha alcanzado un progresivo desarrollo, multipli-

cando por consiguiente el número de los desposeídos y empeorado las condiciones de existencia del trabajador por la ruda concurrencia de la fuerza humana—ha sido fácil despertar entre los obreros la conciencia de clase, y el socialismo ha encontrado ambiente favorable para desenvolverse. Pero, en aquellas regiones donde todavía las formas de producción, paralelas á una general ignorancia, permanecen tan rudimentarias como en los tiempos de la colonia, la semilla apenas ha madurado.

Este fenómeno cuya explicación es para nosotros elemental, ha hecho suponer á nuestros pseudo-estadistas que el socialismo como planta exótica no puede arraigar en nuestra tierra. Aferrados al dogmatismo de una educación medieval conténtanse con exponer candorosamente su axioma sin examinar sus fundamentos. Olvidan que la gran corriente universal que difunde hoy el socialismo por las entrañas del mundo invadirá necesariamente nuestro suelo y que aquel cimentará mas sus vigorosas raíces á medida que ensanche sus dominios la sociedad capitalista. Pero, el lento proceso de la divulgación de la doctrina en el interior se debe no solo á la causa enunciada, sino á otras quizás mas directas por estar encarnadas en la raza, en la tradición y en el ambiente: la barbarie atávica, el fanatismo religioso, la tiranía gubernamental, el hábito hereditario de la servidumbre. De ahí resulta forzosamente que la obra constructiva del socialismo tiene que ser lenta, detenido como está por una burguesía retardataria cristalizada en bárbaros prejuicios y un proletariado inconsciente embotado por largos siglos de ignorancia.

La burguesía

La muerte social de la burguesía como clase, será para ella lo que sería la muerte orgánica para los hombres, si después de las angustias de la agonía, comprendiesen, en una vida más luminosa y más amplia, el sentido de la vida pasada.—*Jaurés.*

Aquella afirmación del manifiesto comunista: «la historia total del género humano ha sido una serie de conflictos de clases entre sí y de rivalidades entre explotadores y explotados» (1) que constituye una de las bases

(1) Prólogo de Engels.

del determinismo histórico, no es una vaga idealidad. Ella encierra la clave de los movimientos á que están sujetas las sociedades y pone al investigador en el camino de descubrir las leyes que las rigen. De manera que que si aplicamos con estricto método el enunciado de Marx—porque el mismo Engels dice que fué éste el que extrajo el enigma con genial clárvidencia del fondo de la historia—á toda sociedad constituida, fácil será determinar en cualquier período los caracteres de la clase dominante. La burguesía argentina tiene los suyos claramente definidos y á través del tiempo alcanzan á distinguirse sus ásperos perfiles en el abigarrado escenario de nuestra existencia. Nutrida con la sangre de los conquistadores, ella modeló su alma con los elementos típicos de la raza. Sus vicios y sus virtudes florecieron al calor de un ambiente semi-bárbaro; y sus pasiones no tuvieron mas freno que alguna ley ilusoria ó alguna pragmática conciliar. Recogió intacta la herencia de sus antepasados y se esforzó por trasmitirla á las generaciones futuras. Pobre de mentalidad, su mezquina ambición es el trasunto atávico de sus progenitores. «La preocupación de una fortuna rápida—escribe el doctor García, refiriéndose á estos—á tiempo para gozarla algunos años en su patria, les domina en absoluto. De un egoísmo feroz, no solo afirman con toda energía sus derechos, sino que invaden en cuanto pueden los del vecino, despreocupados del interés público y del bienestar de sus semejantes.» (1).

Iniciada la revolución de Mayo, como consecuencia de una crisis económica, la burguesía dirigente, autora exclusiva del movimiento, trató desde un principio de asegurar sus intereses. La mayor parte de sus promotores eran comerciantes, hacendados ó profesionales que buscaban lucrar ó ensanchar el teatro de su figuración, rompiendo las odiosas trabas del monopolio ó los yugos del vasallaje colonial. No tenían ni siquiera conciencia del acto que habían realizado; y muy pocos—acaso Moreno y Rivadavia—alcanzaron á prever la trascendencia del suceso. «Para ellos la revolución—dice el historiador López—debía limitarse á obtener una constitución política en reemplazo de las leyes de Indias y de las Cédulas Reales, con un rey propio que continuara dentro del país las reglas fundamentales en que estaba basado el orden público y las condiciones personales de cada una de las clases que habían

(1) Juan A. García. La ciudad Indiana.

compuesto hasta entonces el conjunto de la sociedad colonial». (1).

En el curso de los años que siguieron á la revolución, la clase rica no hizo sino afirmar su predominio. Afianzada en la ciudad, invadió las llanuras donde vegetaban las multitudes indolentes, y ese avance originó la sangrienta epopeya de las guerras de montoneras. No fué esa lucha, bárbara y tenaz, la contienda por un principio de gobierno—unitario ó federal—como pretenden nuestros celebrados cronistas. La explicación es otra; y la crisis actual del país ha venido á justificarla. Fué simplemente «la población de los campos, acorralada y desalojada por la producción capitalista, á la que era incapaz de adaptarse, que se alzaba contra los propietarios del suelo cada vez mas ávidos de tierra y de ganancias. Los gauchos eran el número y la fuerza, y triunfaron. Pero su incapacidad económica y política era completa y su triunfo fué mas aparente que real... Poco á poco la población campesina fué domada por los mismos que ella había exaltado como jefes, y de toda esta lucha no quedó nada permanente en bien de quienes la habían sostenido...» (2).

De ese modo nuestra «clase dirigente», con sus facciones, sus banderías y sus prohombres, dictó las leyes y aseguró su preponderancia sobre las masas inermes y envilecidas. Sus elementos originarios se acentuaron con la incorporación de los caudillos rurales—tenebrosamente incultos—y de los aventureros extraños que emigraban de lejanas playas agujoneados por la ambición, como los argonautas en pos del fabuloso Velloco.

Pero si la burguesía creció en fuerza y poderío convirtiéndolo al gobierno en instrumento de sus miras, su capacidad intelectual permaneció tan embrionaria como en los oscuros tiempos del coloniaje. Movida al azar, sin ningún ideal de progreso, no consiguió quebrantar ni los rancios prejuicios que le legara la vieja sociedad, ni emanciparse del fanatismo católico. Y así ha continuado y continuará por mucho tiempo. Sus hombres, cretinizados por una educación sin horizontes, esterilizan sus energías en las mezquinas rencillas de una po-

(1) V. F. López. Historia Argentina. Ayarragaray, en su obra «La Anarquía y el Caudillismo», confirma también la división en clases de la sociedad argentina.

(2) J. B. Justo. La teoría científica de la historia y la política argentina. Pág. 29.

lítica ruin y carecen del concepto de una existencia más amplia. El alma de los caudillos concrétese en tinieblas, á pesar de su ostentosa exterioridad; y la falaz ilustración de los grandes magnates de las ciudades, sólo contribuye á precisar mejor los relieves de una irreductible ignorancia. La legendaria tradición se perpetúa en los parlamentos, en las universidades, en la prensa diaria... ¿Cómo, pues, tan míseros anacoretas, encastillados en las fórmulas del viejo derecho y aherrrojados á anacrónicas supervivencias, van á penetrar el profundo sentido del movimiento proletario? En otros países de superior cultura, la clase dirigente ha previsto las inevitables consecuencias de la actual lucha y ha tratado de moderar el proceso de la revolución—desde que vivimos en una época de revolución permanente;—pero la burguesía argentina, asaz rutinaria; no alcanza á vislumbrar siquiera un cambio parcial en la condición económica del proletariado. Y así ruedan las generaciones.... El gobierno es una presa de hambrientos chacales; las provincias feudales oprimidas por vulgares villanos; el derecho medieval la norma de la justicia. Y si observamos las leyes fundamentales del país, encontramos á través de sus artículos el espíritu inquisidor de los teólogos.... Las Sorbonas misteriosas de donde mana el agua del bien y del mal prevalecen aún con sus claustros y sus disciplinas. «Oigamos—dice Sarmiento,—describir al célebre Dean Funes la enseñanza y espíritu de la Universidad de Córdoba, que ha provisto durante dos siglos de teólogos y doctores á una gran parte de la América: El curso teológico duraba cinco años.... La teología participaba de la corrupción de todos los estudios filosóficos.... Razonamientos puramente humanos, sutilezas, sofismas engañosos, cuestiones frívolas é impertinentes; esto es lo que vino á formar el gusto dominante de las escuelas...» (1). Y los universitarios de hoy, politicastros de mañana, que constituyen la flor de nuestra burguesía, se inspiran en las mismas fuentes que los viejos maestros. Los bueyes prosiguen arando... Un rancio profesor de la Universidad de Buenos Aires—el doctor Luis Lagos García—dice en sus lecciones de economía política que corren impresas entre los estudiantes de derecho: el socialismo es un sistema bárbaro y anacrónico que prevaleció en los tiempos primitivos. En la vetusta Córdoba,

(1) Sarmiento, Facundo.

subsiste aún con autoridad pontificia la cátedra de derecho canónico; y en la jesuítica Santa Fe, cuya sacra Universidad pretende nacionalizarse, un ex-abate comenta el derecho público eclesiástico y un presbítero inicia á los futuros legisladores en los divinos misterios de la filosofía escolástica....

Bajo estos yunques modélanse los elementos representativos de la burguesía criolla. No hablemos de los mercaderes, de los industriales, de los inmigrantes enriquecidos.... Son piedras de molar que giran eternamente sin pulimentarse.

Aparte de estos núcleos originarios que reconcentran las actividades de la clase,—cuyos exponentes son el caudillo en las banderías, el fariseo en el gobierno, el patrón en las industrias, el fraile en la religión,—existen otros núcleos en las ciudades y en las aldeas pegados á la clase rica por conveniencias exclusivamente materiales. Tales són los burócratas, los pequeños propietarios, los comerciantes al por menor y los industriales incipientes.

Marx, al estudiar las causas de la revolución alemana de 1848, señaló ya la importancia de estas clases—pequeña burguesía—en el organismo político de los estados. «Su posición intermedia entre la clase de los grandes capitalistas, comerciantes y fabricantes—la burguesía propiamente dicha—y el proletariado ó clase industrial determina su carácter. Aspirando á conquistar la posición de la primera, la menor adversidad de la fortuna precipita á sus miembros en las filas de la clase proletaria» (1). Estas clases predominan generalmente en las regiones rurales, y sus individuos florecen como elementos prestigiosos en las aldeas del interior. Los burócratas sostienen como instrumentos electorales al servicio de tal ó cual caudillo de influencia; los propietarios mantienen su orgullo lugareño con el usufructo de sus rentas; y los demás, aves de corto vuelo, esperan emplumar las alas explotando su industria ó su comercio ó traficando en concierto con las autoridades locales. Apegados al terruño, mueren siempre bajo el mismo sol, y sólo en raras ocasiones, de entre la mesnada de gansos, se alza un gavilán. Viven una existencia puramente vegetativa. Desde el cuarto donde escribo, en esta pequeña ciudad

(1) Carlos Marx—Revolución y contra-revolución. Traducción de A. Rodríguez, pág. 8.

de Mercedes, contemplo el rostro prosaico del tendero vecino y observo el ir y venir de los amanuenses del juzgado. Para estos seres el mundo rueda monótono y uniforme. Tienen del socialismo una concepción oscura que les sugiere ideas terroristas. Felices en su sueño de maripositas, nunca se esforzarán por escudriñar más allá de su horizonte.

Así delineada en sus caracteres generales la burguesía argentina, con su historia, sus tradiciones, sus costumbres, sus dioses y sus héroes, ofrece un conjunto bien triste al observador concienzudo. Incapaz de impulsar su propio progreso, ningún síntoma alentador se manifiesta en su seno; y después de un siglo de predominio, continúa esclavizada á todos los prejuicios de la época colonial.

El proletariado

Fuera de la abolición del salariado, cuya ley enocen y saben que no puede mejorarse los proletarios no tienen ante sí más que la perspectiva de una miseria eterna, comparable solo á ella misma.—Guesde.

La evolución de los medios de existencia de un proletariado numeroso, fuerte y concentrado—ha escrito Marx,—corre parejas con el desarrollo de una burguesía rica, concentrada y poderosa (1). Pero ¿cuál ha sido la suerte del proletariado argentino? Lejos de mejorar sus condiciones de existencia, á medida que la clase dirigente acrecentaba sus riquezas, las masas proletarias del país se han mantenido en un estado de dolorosa servidumbre. Un factor primordial—la ignorancia—ahogando en sus propias entrañas el vigor de las energías, ha convertido tanto á los trabajadores de la ciudad como á los trabajadores del campo, en pasivos instrumentos de esclavitud. Ciegos, pacientes, domeñadas, las multitudes argentinas jamás han tenido conciencia para dirigirse. Explotadas como bestias de carga durante el período colonial, fueron después la carne de cañón de nuestras contiendas civiles, y constituyen hoy la recua electoral de los caudillos, el bofe de las estancias, el abonó fertilizador de las chacras, el sedimento vivo de las industrias. Diríase que jamás aspiraron á mejor destino. Desposeídas de todo medio de producción, moran sujetas en eterna servidum-

(1) Marx—Obra citada.

brec á la voluntad de los señores del suelo ó del patrón de las fábricas. Este menosprecio por la clase menesterosa se afirmó desde los primeros días de la conquista. «Entre los numerosos títulos de mercedes publicados por Trelles, sólo dos ó tres se refieren á gente humilde; los demás son otorgados á los conquistadores, parientes de las categorías coloniales, á los militares y demás privilegiados—gente toda que enumera en su solicitud los servicios prestados al rey en la pacificación de América» (1). Así, desde un principio, creado el latifundio, la tierra fué acaparada en pocas manos; y el pobre gaucho—celebrado en las coplas y en los dramas—fué condenado á vagar como un proscrito de pago en pago y de estancia en estancia. La sublevación de las montoneras contra el capitalismo invasor sólo dió nuevos amos al desheredado paria.

Con el afianzamiento del gobierno y el desarrollo de las industrias, la situación de la clase obrera del país no ha variado en absoluto. El inmigrante es otro esclavo que se agrega á la numerosa grey. La clase rica sólo se ha preocupado en satisfacer sus ambiciones de lucro. Las nuevas necesidades que genera el progreso han originado cada día leyes más extorsivas é impuestos más exorbitantes. En los centros industriales, mientras los capitalistas centuplican maravillosamente sus ganancias, los obreros viven como perros en roñosas pocilgas sostenidos por un miserable salario. En la región agrícola y ganadera, los hombres se afanan penosamente de sol á sol para pagar el crecido arrendamiento al señor de la tierra ó percibir á fin de mes un irrisorio sueldo. Con un desmantelado rancho por albergue, una escasa ración por alimento y el despótico sable policial sobre el cuello, experimentan minuto á minuto la acción civilizadora de la burguesía criolla. En las provincias del interior la realidad se dramatiza. Allí, donde todavía la propaganda socialista no ha derramado su simiente, el régimen medieval impera en su más dura crueldad. Poblaciones enteras viven sometidas al vasallaje de oscuros caudillos que ostentan en el parlamento nacional su catadura bandida. . . .

Hace algún tiempo escribíamos en «La Vanguardia»: «Observemos al campesino de Catamarca, de Santiago, de Salta y encontraremos en él el mismo tipo que guerreó

(1) Juan A. García - Obra citada.

inconscientemente en las montoneras con Quiroga, con Paz, con el Chacho. La educación ni siquiera ha pulimentado sus asperezas ó disciplinado sus instintos. Paria, analfabeto, vagabundo, miserable, vive en las estancias ó en las fincas como un animal útil é inofensivo. No sabe de leyes, ni de derechos, ni de libertades; y los gobiernos, celosos de su provecho, le dejan consumir en su lamentable condición. Alguna escuela perdida en la llanura ó enterrada en las quebradas, atendida por un maestro astroso y macilento, es el único faro en medio de la enervante barbarie. Después, la soledad, el desierto, la estancia con los rebaños del patrón, la finca cultivada por la servidumbre hereditaria. El cuadro no puede resultar más sombrío; pero, por más que se carguen las tintas, nunca se alcanzaría á reflejar la realidad.

Tenemos á la vista una carta de Ledesma (Salta), fechada el 24 de abril pasado, que es un documento vivo, más elocuente que muchas páginas de historia. En estilo confuso y con la ortografía peculiar del hombre de los campos, un paisano nos muestra en pocas líneas el grado de su mentalidad y el estado precario de aquellas regiones:

«Aquí—dice—no se conoce que es socialismo, aquí es un virreynato por lo tanto tenemos desconfianza asta de invitar á reunirnos á los pocos que viven aquí, todos pertenecemos aun solo patron que son los Obejeros y Zerda gobernadores de Salta que son los dueños absolutos de todo». (1).

En un viaje que realizamos con Mario Bravo hasta el norte de Jujuy, pudimos comprobar el miserable estado de aquellas multitudes. Reducidas al mas humillante servilismo, las mulas arrieras tienen, sin exajerar, mejor destino.

El porvenir

La humanidad realizará sus espléndidos destinos de justicia, de perfeccionamiento, de gloria y de felicidad, á pesar de todos los obstáculos que se le opongan.—Benoit Malon.

En medio de tan áspera selva—de un lado una burguesía empotrada en bárbaros atavismos y del otro un proletariado encallecido en la ignorancia—la difusión del

(1) «La Vanguardia». Mayo 6 de 1906.

socialismo tiene que ser doblemente penosa. Tal esfuerzo no significa, empero, que la acción de aquél no sea eficaz, ó que debamos abandonar la lucha apenas iniciada. Por el contrario, podemos constatar con cifras elocuentes que la labor empleada no ha sido infecunda. La clase trabajadora del litoral comienza á tener conciencia de su verdadero valor en el funcionamiento del organismo colectivo. Los principios de solidaridad gremial han sido bien difundidos; y las contiendas cobran un aspecto nuevo que hace vacilar á los gobiernos pampas y á los engreídos industriales. Diráse acaso que los movimientos son incoordinados, que el proceso es de una lentitud desesperante. La causa, para nosotros, es muy explicable. Nuestro proletariado, formado por el elemento aborígen y el inmigrante extranjero, abre recién los ojos á la luz. No tiene, como el proletariado alemán ó el proletariado francés, una remota tradición histórica bautizada con la sangre de las insurrecciones; y carece, por consiguiente, de la experiencia educadora de la lucha. Largo es el camino... Pero, ahí se justifica, precisamente, la misión emancipadora del socialismo: pulimentar las mentes, dominar los instintos, alumbrar las conciencias y hacer del trabajador un «hombre nuevo» que sin olvidar la finalidad de la lucha, aplique sus energías á la conquista de su inmediato bienestar. «La «conciencia socialista»—ha escrito el mismo Ferri—es la fuerza más revolucionaria que puede darse á la criatura humana: es el resultado de toda oposición metódica y reflexiva contra las formas de opresión política, económica, religiosa é intelectual» (1).

La empresa apenas está iniciada y debemos felicitarnos que haya comenzado tan oportunamente. Las corrientes sociales, como los ríos, son más difíciles de encauzar cuanto más se alejan de su punto de partida. En el páramo de nuestra democracia, el socialismo es la fuerza vivificadora y directriz. Falta aún despertar de su letargo á los trabajadores del campo y manumitir á las esclavizadas multitudes del interior. La obra, empero, se consumará fatalmente. El progreso no puede eludirse; y el socialismo cuenta para afirmar su propaganda con la evidencia científica de su doctrina y la eficacia de sus métodos de acción. A medida del tiempo, el desarrollo del industrialismo coadyuvará á la agitación emanci-

(1) Enrique Ferri - Socialismo y Anticlericalismo.

padora, desde que la sociedad capitalista lleva en sus entrañas los gérmenes de su propia muerte.

Y mientras la ignorante burguesía criolla se preocupa en fortificarse de leyes arbitrarias, en levantar estatuas á los montoneros de levita ó en comentar las rencillas de sus banderías, el socialismo rescatará cada día una conciencia, ganará cada día una batalla, derribará cada día un árbol de la secular selva indígena. Su fuego renovador se extenderá á todos los ámbitos, como un haz de llamas en un trigal maduro para el incendio. Y sobre los escombros de la última tapera de la «tradición nacional», podrá quemar mañana los símbolos del último caudillo, los instrumentos de tortura de la vieja sociedad, y aventar á los cuatro vientos sus cenizas.

El porvenir es de los valerosos, de los trabajadores y de los fuertes!

CARLOS N. CAMINOS.

CeDInCI



NOTAS EDITORIALES

El socialismo en el Congreso

Al discutirse en la Cámara los diplomas de los diputados electos el 18 de Octubre último, en la vergonzosa forma pública y notoria, el miembro informante de la comisión de poderes declaró, fundándose en la autoridad de Ferri, que el partido socialista, en su aspecto económico, no tiene razón de ser en este país. La extraña opinión de nuestro camarada italiano, hacé escuela entre los genuinos representantes de la burguesía. El miembro informante, al pretender demostrar su afirmación, recurrió á un golpe de efecto, completamente teatral: aludió á un laborioso inmigrante convertido en propietario de una poderosa flota, á un modesto trabajador emigrado de su patria y dueño hoy de una grande fábrica de paños y á un agricultor dueño de numerosos ingenios, con el propósito de revelar al mundo que en la república puede el trabajo honesto, de la noche á la mañana, crear una fortuna inmensa con las migajas de la miseria. Repetía así, aunque sin tenerla presente en el momento de su informe, la teoría de Ives Guyot, según la cual no existe en la sociedad capitalista «lucha de clases», porque los individuos pueden pasar de una á otra por el trabajo y la riqueza. Pero el socialismo científico al sostener la existencia de esta lucha y de la concentración de los medios de producción, revela que si bien los individuos en ciertos casos y por circunstancias especiales, sobre todo en los países donde el industrialismo fabril no está bastante desarrollado, pueden mejorar de condición económica y pasar de una clase á otra, existe una barrera infranqueable, en verdad, para las clases consideradas en sí mismas y que continuará levantándose entre ellas hasta tanto no desaparezca la causa determinante, esto es, la propiedad privada de los instrumentos de labor y de cambio. Aún mejorando de condición material muchos millares de asalariados, aquí como en Europa y Norte América, continuará aumentando el número de estos, según la estadística lo comprueba. Es así por cuanto «la molécula que hoy está en el fondo y surge mañana á la superficie», es la excepción y no la regla, pues impide que de otro

modo sea la cohesión social, que en el presente régimen tiende á estrechar en la miseria á los proletarios y deja sobrenadar á los poderosos en la fortuna y el privilegio. El fenómeno de la «capilaridad social» no prueba otra cosa sino que las clases, como entidades colectivas, existen y continuarán subsistiendo en todo régimen donde exista la propiedad privada, tal como la circulación en los vasos capilares implica necesariamente la existencia de glóbulos de sangre venosa y de sangre arterial. Uno de los diputados electos también se fundó en el criterio de autoridad para sostener su tesis de que el socialismo no tiene razón de existir entre nosotros. Repitió un dicho vulgar entre la burguesía: que el partido socialista «es una planta que no puede vivir en el ambiente de nuestra dilatada pampa».

El Partido Socialista Argentino en 1908

El próximo número de esta «Revista», publicaremos un estudio nuestro sobre «Industria y Socialismo en la Argentina», para demostrar con el estado económico de la República expresando en guarismos la suprema razón de existir del socialismo en el país y el profundo error de Ferri al hacer una afirmación en contrario, sin darse cuenta exacta de la realidad de las cosas. En cuanto al Partido Socialista entre nosotros, podría decirse que la prueba evidente de que constituye un organismo poderoso está en su labor realizada en el corriente año. La explicación mejor del movimiento es el testimonio: su acción en favor de las libertades públicas y los derechos gremiales en la provincia de Tucumán, su participación en las elecciones de diputados provinciales y municipales en la provincia de Buenos Aires, su grandiosa conmemoración de la fiesta de los trabajadores en toda la República, la celebración de su VIII Congreso donde discutiéronse cuestiones de suma importancia para la organización gremial, su brillante campaña contra los armamentos y la paz armada, su triunfo sobre el Gobierno Nacional para obligarlo á convocar elecciones de diputados nacionales y su victoria moral y material, usurpada la segunda por el fraude, en los comicios de Marzo y de Octubre. I en torno de su fecunda acción política y económica, los partidos de la burguesía descompuestos, remisos ó indiferentes ó incapaces para la lucha legal y abierta. ¿Qué mejor demostración de la vitalidad del Partido Socialista, «único partido que tiene un programa de cosas y de ideas»?

E. DEL VALLE IBERLUCEA.



Apuntes históricos sobre el Partido Socialista Italiano

A fin de poder observar el movimiento socialista internacional, estimo necesario iniciar estas «Notas» con breves resúmenes históricos de los partidos socialistas que actúan en los países europeos y americanos, que nos coloquen al día en las diversas manifestaciones de la acción política y sus relaciones con la organización propiamente corporativa ó profesional de resistencia.

La tarea resultaría dificultosa si aspiráramos á consignar con detenimiento la formación y desarrollo de las organizaciones políticas del proletariado, porque no solo carecemos de suficientes elementos actuales, sino que la índole de esta sección no permite mayor amplitud á las reseñas.

Limitada á constatar las circunstancias salientes del movimiento socialista, fuera de la mención de los hechos, y hasta donde nos sea posible, procuraremos deducir de ellos las reflexiones que se amolden a nuestro rol social, para ofrecerlas como una pequeña contribución al estudio y conocimiento esquemático de la ajitación internacional del proletariado.

El movimiento socialista, dirigido por una idéntica finalidad en cualquier lugar de la tierra, adopta en cada país modalidades propias de desenvolvimiento, según sea la situación social del proletariado y según sea el grado de acción ó de energía que reclame desarrollar la emancipación obrera.

Cada partido ha tenido su desarrollo peculiar, con características que varían por razones de lugar ó de tiempo.

La labor de las organizaciones socialistas se traduce periódicamente en los congresos internacionales, asambleas destinadas á imprimir al movimiento obrero universal esa orientación más ó menos uniforme que debe guiar en el terreno de la lucha al proletariado de los distintos países frente á problemas generales y comunes.

A veces el movimiento parece detenido. Como todo

proceso social, solo es apreciable despues de plazos mas ó menos largos de constatación. Como es imposible descubrir el progreso de un movimiento social día por día, es fácil observarlo cuando las fuerzas internas desarrolladas, se ponen al servicio de la actividad, y la acción concreta puede dar base de cálculo sobre la evolución que le ha precedido y orijinado.

Desde luego nadie pretenderá hacer cátedra desde esta sección. Para el uso privado, cada lector hará las deducciones que le plazca, limitándonos por nuestra parte, á mencionar hechos, y establecer, dentro de lo posible, relaciones.

Después del congreso internacional de Stuttgart (Agosto, 1907), donde estuvieron representadas veinticinco nacionalidades, en casi todos los países la clase obrera ha realizado congresos nacionales, de caracter político ó profesional.

El Partido Socialista Italiano, (de cuyo reciente congreso de Florencia (Septiembre 1908) alcanzaremos á ocuparnos), si ha de darse una fecha al nacimiento de su organización, data de 1880.

La influencia que la «Internacional de los Trabajadores» ejerciera sobre el proletariado europeo, no podía dejar de alcanzar á la clase laboriosa de Italia. Italia se incorporó al movimiento de la «Internacional», despues que esta había ya realizado sus congresos de Ginebra, septiembre 1866; Lausanne, septiembre 1867; Bruselas, septiembre de 1868; Bale, septiembre de 1869 y La Haya, septiembre de 1872.

En 1872, nació la «Federación Italiana de la Internacional» de los Trabajadores, extraña á toda tendencia política positiva, y caracterizada por la influencia anárquica. Era una organización exclusivamente ajitadora. Empleó como táctica normal la insurrección, y sucumbió en 1878, debido á las persecuciones de la clase dominante, por medio de los poderes políticos del estado, y á las profundas divisiones que surgieron en su seno, entre los partidarios de Bakounine y los de Malon y Marx.

En 1880, los «internacionalistas» que aceptaban los principios de la conquista del poder, por la participación y conquista parcial del poder mismo, trataron vanamente de formar el «Partido Socialista Italiano».

Ampliado en 1882 el derecho de voto, un grupo de trabajadores constituyó en Milán el «Partido Obrero»,

en cuyas declaraciones afirmaba ser extraño á «todo partido político y religioso» y admitía en su seno á las organizaciones proletarias, con el objeto de disciplinarlas, por oficio, en la conquista de un solo derecho: el derecho á la existencia.

Hé aquí los puntos principales del programa del Partido Obrero:

Reclamaba del Estado: libertad de huelga, sufragio universal, libertad de enseñanza, armamento general del pueblo, autonomía municipal, impuesto único y progresivo, abolición del presupuesto de cultos.

Frente al capitalismo: institución de ligas de resistencia federadas; sociedades obreras; cooperativas de crédito, de producción y de consumo; oficina de colocaciones; participación en los beneficios; construcción de casas para obreros por las municipalidades; trabajos públicos confiados á los sindicatos obreros.

Como en la «Federación», en el Partido también surgieron dos tendencias: socialistas y «corporativistas». Ambas orientaciones del criterio dentro de una misma organización, determinaron en 1888 la disolución del Partido Obrero.

Mientras tanto, desarrollábanse las sociedades de previsión y realizaban congresos, en los que tomaban parte delegaciones de todas las tendencias, en representación de entidades obreras: socialistas, anarquistas «corporativistas», mazinianos, etc.

En 1891, se realiza en Milán el VII Congreso de la previsión, con una mayoría socialista. Votóse una orden del día conteniendo afirmaciones de carácter socialista y se declaró constituido en «Partido de los trabajadores Italianos», al que podían entrar las organizaciones obreras de la ciudad y del campo, y en general todos aquellos que no tuvieran la calidad de explotadores y no dirijiesen el trabajo de otros.

Dada la formación de este Partido, era de suponer lo que sería su desarrollo contando en su seno con todas las tendencias y pensamientos políticos de la época. Por eso, en el Congreso de Génova, en 1892, las corrientes chocaron de una manera profunda, y el grupo socialista se retiró reuniéndose en Congreso separado y constituyendo en esa oportunidad el «Partido Socialista Italiano» que conocemos hoy.

Desapareció el «Partido de los Trabajadores Italianos»,

y una gran parte de los anarquistas que militaban en él, se incorporaron al nuevo Partido Socialista Italiano.

También se incorporaron al Partido, los tres diputados socialistas que fueron electos por ese entonces.

En 1893, tuvo lugar el II Congreso del Partido Socialista Italiano, en Reggio Emilia. La orden del día, fijando la orientación política del Partido, sancionada en este congreso, consagraba la absoluta intransigencia en el orden electoral, parlamentario, político y administrativo.

En 1894, se realiza en Parma el III Congreso. La reacción gubernamental había estallado en contra del movimiento socialista por leyes de excepción y los asesinatos en Sicilia y Lunigiano, razones que determinaron al Partido á realizar secretamente el Congreso. Obstaculizado en su acción, por todos lados, el Partido afirma nuevamente su intransigencia, haciendo excepción para el caso de las elecciones parlamentarias de desempate, lógicamente, con el fin de contrarrestar desde el parlamento, la obra de la reacción.

En este congreso, se estatuyó la adhesión «personal», en lugar de la que existía, por «asociación», para evitar tanto á las organizaciones gremiales nacientes, como á las del Partido, las persecuciones de la reacción burguesa, manifestadas por estados de sitio, leyes excepcionales, deportaciones, confiscaciones, etc.

Posteriormente alcanzóse á comprender que era preferible la adhesión por persona y no por asociación, por cuanto así lo harían más libremente los individuos, sin perjudicar á las organizaciones de oficio cuyos componentes era extraños á la política ó eran radicales, republicanos ó anarquistas.

En 1896 llevóse á cabo el IV Congreso, en la ciudad de Florencia. El Partido confirmó la táctica de intransigencia general sancionada en Parma, y adoptó un proyecto de programa mínimo, político y administrativo.

En 1897, reunióse el V Congreso del Partido en Bolonia. Sancionó una orden del día política de intransigencia general para las elecciones parlamentarias y comunales, admitiendo no obstante excepciones para casos especiales.

Llega el año 1898. El encarecimiento de los consumos, principalmente del pan, debido al impuesto sobre la introducción de los trigos y al malestar económico de todo el país, ajitó intensamente á la clase obrera organizada, provocando una acción enérgica en contra de los poderes públicos de la burguesía.

Esta ajitación, que al principio solo abarcara la Italia meridional, extendióse luego al medio día y al norte, á tal punto que podría decirse que toda la península estaba convulsionada.

Los sucesos de Milán, principalmente, determinaron á la reacción á poner al servicio del capitalismo, todas las fuerzas del Estado en contra de la clase obrera, con los resultados luctuosos que todo el mundo conoce.

El Partido Socialista, debía acentuar su presión parlamentaria sobre el poder político de la clase dominante. I esto debía hacerlo á toda costa. Realizó la alianza con los partidos populares, con el único objeto de defender los derechos elementales del proletariado, hollados con toda brutalidad por el gobierno.

En 1900 se realiza el VI Congreso del Partido. Se aprueba en él por unanimidad la táctica de la alianza, en cuanto se refiere á la autonomía local en épocas electorales.

Las elecciones de renovación parlamentaria, hacen triunfar las candidaturas de protesta que levantara el Partido Socialista en la persona de los militantes condenados por los tribunales militares. Se lleva á término con eficacia la obstrucción, en contra de las leyes excepcionales, planteada por la izquierda y extrema izquierda.

Estos sucesos, unidos á las elecciones de 1901, despues del triunfo de la huelga general de Génova en pró del derecho de asociación, el asesinato del Rey Umberto, la firmeza de resistencia del Proletariado, derrotan al gobierno, y ocupa el ministerio la fracción de los demócratas constitucionales y otros grupos de la izquierda, con un programa que encerraba, entre otras cosas, la garantía de neutralidad del gobierno en las huelgas y la libertad de huelga.

El grupo socialista parlamentario, se constituyó de este modo en árbitro de la situación política de Italia, equilibrando con su aprobación el ministerio liberal, y provocando su caído, y dando el triunfo á la reacción, si este apoyo era negado.

Mientras ocurrían estos acontecimientos políticos, la organización obrera preparaba grandes campañas de huelga, principalmente en provincias, y el grupo socialista parlamentario creyó prudente para facilitar la acción de los trabajadores, mantener el ministerio liberal que garantizaba el derecho y la libertad de huelga. Así lo hizo,

aprobando la conducta del gabinete y obstaculizando el triunfo de los partidos reaccionarios.

La actitud del grupo parlamentario, en esta emergencia, contribuyó por un lado á facilitar el desenvolvimiento de la acción obrera y á afianzar el triunfo de las huelgas de mejoramiento que se realizaron con el apoyo del Partido. I por otro lado, dió nacimiento á tendencias odiosas, basadas sobre distintos modos de practicar la política electoral y parlamentaria del Partido.

Estaban en esas tendencias: los intransigentes de la táctica electoral y parlamentaria que se adjudicaron el título de «revolucionarios», y los transigentes, que fueron llamados «reformistas». La controversia, como queda dicho, no versaba sobre el fundamento de la acción parlamentaria, sino sobre la manera de ejercerla.

En 1902, ya con este pequeño jermen de discordia se realiza el Congreso de Imola, VII Congreso del Partido Socialista Italiano que sanciona una orden del día aprobando la dirección política del Partido, y consolidando la unidad de la organización.

Hasta 1904, el Partido fué víctima de las rencillas internas motivadas siempre por las dos tendencias, estando no obstante todo el Partido en contra del ministerio Giolitti que despues de ensayar una gestión liberal, y ante el rechazo de una cartera ofrecida á un militante socialista, se trasformó en un gabinete de reacción contra la extrema izquierda parlamentaria, vale decir, contra la clase trabajadora representada.

Ahondada la discusión entre revolucionarios y reformistas, sin que éstos, felizmente, llegaran al posibilismo, ni aquellos, tambien felizmente, llegaran al anarquismo, se realiza en Bolonia, el VIII Congreso del Partido Socialista.

Cuestión palpitante era la de la conducta y acción política del Partido. Las opiniones se condensaron en cuatro órdenes del día diversas:

1. Tendencia unitaria transigente: confirmando el carácter antimonárquico del Partido, declarando inadmisibile la participación de los socialistas en el poder; afirmando la necesidad de conquistar reformas, aprovechando las coincidencias transitorias de acción con las otras clases.

2. Tendencia unitaria intransigente: declarando incompatible con el método de la lucha de clases el apoyo acordado al gobierno y la participación en el poder, y reconociendo necesaria la conquista de reformas.

3. Tendencia reformista: declarando que el partido debía aprovechar las instituciones actuales, sin perjuicio de hacer los esfuerzos necesarios para efectuar su cambio, cuando se interpongan como obstáculos inmediatos.

4. Tendencia revolucionaria: declarando que cualquiera que sea la actividad reformista del régimen burgués, aún cuando sea determinada por la presión del proletariado y aún cuando sea parcialmente útil á los trabajadores, no implica trabar los fundamentos del régimen capitalista, de donde resulta que es necesario dejar la ejecución de las reformas á los gobiernos burgueses, sin ninguna colaboración. La orden del día afirmaba la necesidad de declaraciones republicanas netas y sinceras.

La votación se dividió realizándose una segunda sobre las órdenes del día que obtuvieron mayor número votos. En esta segunda votación, los reformistas votaron por los transijentes y los revolucionarios por los intransijentes. Fué aprobada la orden del día de los intransijentes.

Entre el Congreso de Bolonia (Abril de 1904) y el de Roma (Septiembre de 1906), el Partido Socialista atraviesa por un período de intensa agitación anti-capitalista y de crisis interna.

La persecución del gobierno contra el proletariado organizado se hizo sentir con suficiente presión, como para ocasionar convulsiones obreras que tuvieron resonancia continental.

La lucha tomó una acentuación concluyente con las masacres de los mineros de Buggeru, en Cerdeña, ocurridas en los primeros días de Septiembre de 1904.

La perspectiva de que este estado de cosas continuara, determinó el grandioso mitin de Milán, en 12 de Septiembre de 1904, en el que se hizo un llamado al proletariado italiano, comprometiendo sus fuerzas para la huelga general. El Partido lanzó la convocatoria al proletariado recomendándole mantenerse listo en espera de la declaración de huelga.

Ante la amenaza, el gobierno redobló sus ataques, y al día siguiente del mitin de Milán, el 13 de Septiembre, en Castelluzzo (Sicilia), se produce un choque entre los carabinieri, que asaltan el local de la liga de resistencia, y los obreros reunidos pacíficamente.

El 15 de Septiembre, la dirección del Partido Socialista, por intermedio de su órgano central *Avanti!*, lanza la orden de la huelga general proclamada en Milán y el proletariado de Italia responde enérgicamente al

llamado, durando la paralización 48 horas en la mayoría de los centros importantes, y hasta cinco días en algunos, como en Milán.

Esta huelga abarcó 900 ciudades y pueblos de Italia, y tuvo extensión entre los trabajadores organizados de las campañas.

Recrudescen las persecuciones con una tenacidad inalicable.

A raíz de la huelga general, las tendencias internas del partido reanudan su combate recíproco. Se discute si la huelga debió ser por 48 horas, si el Partido hizo bien ó mal en decretarla por ese término, si debió ser por mayor tiempo.

Trabado el Partido en esta controversia, el grupo parlamentario socialista, que había declarado indigno de un país civilizado el gobierno de Giolitti, reclama la convocatoria de la Cámara. El gobierno, para sostener el ministerio Giolitti, decreta la disolución del Parlamento y convoca á nuevas elecciones para los días 6 y 13 de Noviembre de 1904, sesenta días después de la huelga general.

Dividido interiormente, combatido aún por los grupos de la izquierda que en ciertos momentos apoyaron su acción, después de una agitación intensa y de un movimiento de vastas energías como fué la huelga general, el Partido Socialista no se encontraba en condiciones de abrigar mucho éxito en la campaña electoral de renovación parlamentaria.

Se realizan las elecciones y el Partido Socialista es derrotado, porque pierde algunos mandatos, pero realmente triunfa porque el número de sus votantes alcanza á la suma de 320.000, casi el doble de los votos obtenidos en la lucha anterior.

En la apertura de la Cámara, 30 de noviembre de 1904, se consagra la alianza clerical-monárquica en contra del proletariado, y una nueva lucha, más recia, debe iniciarse desde Montecitorio.

A fines de Febrero de 1905, el gobierno envía á la Cámara el proyecto de nacionalización de los ferrocarriles, por el cual se consideraba como un delito la huelga de los empleados ferroviarios. La organización responde á la obstrucción socialista parlamentaria, desorganizando el servicio por medio de la observancia rigurosa del reglamento. Ante esta resistencia, el ministerio renuncia, y el proyecto fracasa.

El ministerio siguiente, con Fortis á la cabeza, reahuda la política del anterior, y uno de sus primeros golpes se dirige contra los ferroviarios. Va á la cámara un nuevo proyecto por el que se declaraba empleados públicos á todos los que trabajaban en los ferrocarriles, equivale decir, la huelga se estimaba un delito.

Para protestar contra esta medida y reclamar al mismo tiempo algunas mejoras, los ferroviarios proclaman la huelga general el día 16 de abril de 1905.

Los diputados socialistas se dirigen al Comité Central de los ferroviarios, observando que el éxito del movimiento sería indudable si se reducían á proposiciones menos excesivas, los pedidos de mejoras.

La mayoría sindicalista rechaza esta proposición. El grupo socialista parlamentario se retira y se limita á apoyar la huelga desde la cámara.

Después de cinco días de huelga los obreros vuelven al trabajo ante la promesa de no ser castigados y con la condición del pago de los jornales de huelga. Pero... hoy los ferrocarrileros son empleados públicos y la huelga para ellos implica un delito.

En 1906, con el nuevo ministerio de Sonnino, se inicia un período de administración diverso á los anteriores. El ministerio se forma á base de un programa, que consistía: educación elemental pública á cargo del Estado; asignación de doce millones á las cajas de seguro para los casos de enfermedad ó invalidez de los obreros; la formación de un fondo de cincuenta millones para la colonización interior con crédito á las cooperativas de trabajo; el crédito agrario, y otras mejoras para los trabajadores del medio día. También anunció el ministerio la reducción de los impuestos locales, leyes protectoras del trabajo y la institución de un Ministerio del trabajo.

La reacción monárquico-clerical, acogió este nuevo ministerio con marcadas muestras de oposición. Su estabilidad y realización de su programa (que debía ser mirado con «benevolente desconfianza», como dijo el órgano del Partido) dependían de la actitud del grupo socialista. Por esto el *Avanti!* aconsejó al grupo parlamentario votar en cada caso, á favor ó en contra del gabinete, pero oponiéndose de cualquier manera á los grupos clericales, monárquicos, etc.

La actitud del diario y del grupo parlamentario, provocó la ira de los intransigentes y revolucionarios, que reunidos en congreso, en Milán, lanzaron un manifiesto, siendo

ellos mayoría en la dirección del Partido, en contra del *Avanti!* y protestando de la rebelión del grupo parlamentario á las decisiones del Congreso de Bolonia.

El grupo parlamentario, á su vez respondió con un valiente manifiesto, explicando la táctica del grupo y haciendo un llamado el Partido.

Decidido el apoyo del grupo socialista, el ministerio comenzó á realizar su programa francamente.

Mientras tanto, la miseria hacía imposible la vida en Italia, y la clase trabajadora comenzó á agitarse. Produjéronse algunos choques sangrientos entre las tropas y los obreros. El secretario de la Cámara Central del Trabajo, en mayo de 1906, interrogó por referéndum á las Cámaras seccionales, sobre la oportunidad de realizar un movimiento general de protesta contra las masacres. La mayoría de las Cámaras resultó contraria á la huelga. La minoría se dividió entre abstenciones y votos favorables.

El secretariado de la Cámara Central renunció. Días más tarde á propósito de la huelga de hilanderos, en Turín declaróse la huelga general de solidaridad. Hubo algunos episodios turbulentos. La indignación obrera fué general. El grupo parlamentario había presentado un proyecto de ley tendiente á establecer la responsabilidad en las masacres y á asegurar la intervención de la justicia. Ante los sucesos de Milán, los diputados reclamaron de la Cámara un voto de urgencia para dicho proyecto. La Cámara y el Gobierno lo rehusaron, y el 11 de Mayo de 1906, el grupo socialista parlamentario renuncia en masa, apelando al país.

Al mismo tiempo se proclamaba la huelga general en Milán, Bolonia, Ferrara, Ancona, etc. Después de tres días de agitación y de conflictos, la huelga cesaba, con mal resultado, dejando una huella profunda en la organización.

Contra el Partido se coaligaron todos los elementos reaccionarios y el Partido, ofrecía á la reacción burguesa el blanco de sus disensiones internas.

Aparece desde las columnas del *Avanti! una nueva* tendencia, el integralismo, que sin ser reformismo ni sindicalismo, era las dos cosas al mismo tiempo. La nueva divagación doctrinaria resultó agradable, y fué estimada como la fórmula capaz de subsanar el mal.

En el mes de Septiembre de 1906, se realiza en Roma el IX Congreso del Partido Socialista. Después de tres

días de discusión entre reformistas, integralistas y sindicalistas, el congreso vota por 26.947 sufragios sobre 34.083 votantes-contras 5278 de los sindicalistas, 1101 de los intransigentes y 757 abstenciones, la siguiente orden del día sobre orientación política y acción:

«El Partido Socialista tiene por principios generales: «el fin último de la socialización de los medios de producción, el método de la lucha de clases y la concepción de una gradualidad en el provenir del socialismo en el seno mismo de la sociedad burguesa.

«Con este objeto, el Partido se sirve de los medios legales, pero se reserva el uso de la violencia, cuando las clases dominantes no le permitan el uso de esos mismos medios legales».

«El Partido Socialista desarrolla una acción práctica tendiente:

«á desarrollar los principios generales del socialismo por la propaganda, y por una acción concreta siempre unida, en el fondo y en la forma, al fin último del socialismo;

«á considerar como su tarea más grande el progreso de la organización económica en sus diversas formas de resistencia, de cooperación y de mutualidad, y á conquistar de los poderes públicos una legislación del trabajo que integre y generalice las conquistas parciales de la organización económica, amoldándose en esto á las deliberaciones de las organizaciones del proletariado;

«á ensanchar el dominio colectivo en una forma de municipalización y nacionalización democráticas;

«á elevar las condiciones del medio social por la conquista de las libertades políticas, el acrecentamiento de la cultura del proletariado, la lucha contra el fiscalismo y las camorras políticas y administrativas, el desarrollo de la economía del país;

«á obtener aún con la presión de la huelga general, las más grandes reivindicaciones del proletariado;

«á acentuar, dadas las condiciones presentes del país, la propaganda anticlerical y antimonárquica, en vista de la clericalización progresiva de la monarquía; la propaganda antimilitarista, destinada á instruir desde el punto de vista socialista la juventud italiana, para neutralizar las tendencias de las clases dirigidas de servirse del ejército como de un órgano de opresión antiproletaria;

«En consecuencia el Partido deplora: el abandono de la propaganda de los principios generales;

«I rechaza la colaboración en el poder con compromisos;

«las alianzas sistemáticas con los partidos que tienen con él afinidades, tanto más si estos están separados de él por la afirmación clara y actual del objeto final ultrapasando los objetos transitorios de las alianzas mismas;

«la preocupación excesiva y absorbente de los intereses locales que no son específicamente los del proletariado ó que están en oposición con los intereses generales del país;

«un acto cualquiera que sea ó aparente ser una aquiescencia á la forma del gobierno monárquico;

«I rechaza también:

«el uso frecuente ó excesivo de la huelga general;

«el llamado insistente á la violencia que destruye y detiene el trabajo práctico de las organizaciones proletarias;

«la exaltación de la acción directa presentada como descrédito y no como integración de la acción representativa;

«la premisa antiestatista cuando significa descrédito ó repudiación de la legislación social y negación de un estado socialista;

«la tendencia á eliminar del Partido á los socialistas que no son trabajadores manuales;

«la concepción de la transferencia á los sindicatos de la propiedad privada abolida;

«El Partido reconoce como necesidad más urgente aumentar sus propias fuerzas y mejorar rápidamente las condiciones del proletariado y del ambiente social, lo que exige concordia y disciplina;

«Para esto, recuerda á todos los camaradas que se impone una actividad útil, estigmatiza la polémica indecente, dejando la mas amplia libertad de discusión, exige que la minoría respete las decisiones de la mayoría.

«En cuanto á la táctica electoral y parlamentaria, el Partido decide;

«que en las luchas electorales la intransigencia sea la regla y el compromiso la excepción;

«que el grupo parlamentario no pueda dar su apoyo á una dirección del gobierno, pero que cuando se presente una situación excepcional frente de la cual el grupo

juzge necesario derogar esta regla debe reunirse en asamblea plenaria con la dirección del Partido y ajustarse al voto de la mayoría de los camaradas convocados; con este objeto la dirección nueva del Partido debe ser numerosa y elegida por el Congreso con el deseo de comprender igualmente á los camaradas que formen parte de las más poderosas organizaciones económicas.

Después del Congreso de Roma, acaso no pueda felicitarse el Partido de su resolución integralista. Las tendencias que creíanse extinguidas en una unificación saludable con la orden del día, aparentemente apaciguadas surgieron de nuevo, á propósito del movimiento gremial, y de la actitud del Partido frente á la Confederación del Trabajo.

Después de una serie de debates acalorados y polémicas, la huelga de Parma, reciente, vino á poner término á la escarlata revolucionaria con el estruendoso fracaso de la tendencia, y el congreso de Módena, de la Confederación del Trabajo, donde estaban representados no menos de 300,000 obreros, dió en tierra con las exajeraciones de los «intelectuales» antintelectuales. El último Congreso del Partido, (Septiembre) en Florencia, concluyó con las falsificaciones, votando la siguiente orden del día que ha sido recibida con satisfacción por el proletariado de Italia:

«El Congreso hace constar que por la acción de los «integralistas» se ha vencido el triste periodo de las profundas discordias, llegándose á una mayor cordialidad de relaciones entre los compañeros.

«Estimando oportuno y necesario que la dirección del Partido coincida con la de los sindicatos obreros;

«Recordando que en el Congreso de Módena se ha condenado la doctrina y la práctica que tiende á reducir la acción de proletariado á estériles y continuados conatos de huelga general, la acción que debe de ser una elevación continua de la organización obrera, flanqueada por la gradual conquista de los poderes públicos;

«Recordando también que el sindicalismo revolucionario, por su desconfianza en la acción parlamentaria, por su «antiestatismo», está en abierta oposición con los métodos del socialismo italiano;

«Declara incompatible con los principios y métodos del Partido Socialista la doctrina y la práctica del sindicalismo revolucionario;

«El Congreso reafirma el acuerdo de Stuttgart, que establece que «la actividad del Partido debe sobre todo ejercitarse en el terreno de la lucha política del proletariado, y la de los sindicatos, en el terreno de la lucha económica de la clase obrera»;

«Afirma asimismo que debe mantener relaciones con la Confederación General del Trabajo;

«Considera la huelga general como arma peligrosa en el actual período histórico y útil sólo como «extrema ratio», ó cuando la ascensión proletaria se vea gravemente amenazada por la resistencia y asaltos de la reacción, ó cuando, en casos excepcionales, sea meramente demostrativa ó se reduzca á una localidad ó á una categoría de obreros;

«Considera también de difícil triunfo las huelgas de obreros de los servicios nacionales y municipales; por lo cual estas huelgas deben declararse cuando no haya otro remedio. Y como éstos obreros no tienen hoy otro medio decisivo de defensa, y, además, la huelga de los obreros de los servicios públicos es el modo más seguro de desorganizar la defensa de los gobiernos, se estima peligrosa toda tentativa de vedarles este derecho, tentativa que hay que combatir;

«El Congreso declara además: Que para conseguir en el campo político reformas que aceleren la marcha del movimiento obrero, para fijar las conquistadas y lograr otras nuevas, es incongruente la acción puramente negativa y de perpetua oposición, que, según sus propagadores, debe exasperar el fundamental conflicto de clases y afirmar la irremediable esterilidad de todos los poderes públicos detentados por la burguesía;

«Y que, por tanto, no está en desacuerdo con los principios y métodos socialistas el valerse de los organismos del Estado, del Municipio, de las Oficinas del Trabajo, etc., etc., para realizar obra positiva encaminada á lograr nuevas posiciones más ventajosas en la marcha ascensional del proletariado;

«Que, sin embargo, la acción parlamentaria, que no se propone la participación en el gobierno, debe siempre distinguirse de la de los reformistas burgueses, sin excluir las alianzas del momento con ellos, poniendo siem-

pre en relieve las características de finalidad y de método, para tener despierta en los trabajadores la conciencia de la «inevitabilidad» de los antagonismos de clase mientras subsistan los privilegios de la sociedad capitalista;

«Que, además, el grupo parlamentario debe integrarse con representaciones directas de la clase proletaria.

«Para la táctica electoral, el Congreso confirma la autonomía de los distritos á condición de que se considere como táctica de excepción el apoyo á candidaturas no socialistas, con la base del programa adoptado por el mismo Congreso.

«Cuanto al programa electoral, afirma que el programa máximo es la premisa necesaria del programa mínimo;

«Afirma igualmente que, sin renunciar á la conquista eventual de otras reformas cuando se presente ocasión propicia, el Partido debe proponerse para la próxima legislatura el programa mínimo siguiente:

«Legislación del trabajo reclamada por la organización obrera (asistencia en la maternidad, la invalidez y la ancianidad, reforma en la instrucción del proletariado), abolición de los impuestos sobre el trigo, impuesto progresivo, sufragio universal, reducción del servicio militar, oposición á todo aumento de gastos militares, reforma, extensión y completa «laicización» de la escuela primaria;

«En lo que se refiere á la táctica parlamentaria, afirma que el grupo debe reunirse con las representaciones del Partido y de la Confederación del Trabajo cada vez que hayan de adoptarse resoluciones de importancia».

El acuerdo entre las organizaciones mas poderosas de Italia, es de esperar que asegure un porvenir mas sereno al socialismo y que la experiencia adquirida evite en el futuro las divagaciones para ser suplantadas por un criterio real del tiempo y las cosas.

El grupo sindicalista, separado del Partido, realizará ahora un «congreso de resistencia», cuyas delegaciones están en poder de abogados y periodistas, los que deliberarán sobre revolución y acción directa, para el proletariado...

La vida del Partido Socialista Italiano acusa en la ligera reseña expuesta toda una época de agitación, y considerada en su conjunto evidencia que la organización ha amoldado su conducta, debido en gran parte más á las incitaciones internas que á los problemas y condiciones sociales del ambiente y á las necesidades reales de la acción política socialista, en miras de un crecimiento de la conciencia y libertad proletarias que faciliten la emancipación que se persigue.

MARIO BRAVO.

NOTA.—Los datos de esta reseña han sido tomados de las siguientes publicaciones: «L'Internationale Socialiste et ouvrière, édition française, (Rapport du Parti Socialiste Italien) Bureau Socialiste International, Vol. II, Bruxelles 1907». «Resoconto stenografico del IX Congresso Nazionale. Roma, Luigi Mongini, editore, 1907». Periódicos: «Critica Sociale, números de Septiembre y Octubre 1908». «Avanti!» números de Septiembre y Octubre 1908». «La Vanguardia» (Partido Socialista de la República Argentina) números de Octubre y Noviembre 1908».

CeDInCI





La vida trágica de los trabajadores.

¿Es realmente un libro el que firman León y Mauricio Bonueff? Parece mejor un termómetro que sus manos valientes han hincado sin piedad en esa «Vida trágica de los trabajadores».

Desde las primeras líneas, en las primeras llagas, la sangre humana, violenta, asciende á la cúspide. ¡No hay gradación en la miseria! Y es toda la miseria de la vida de los humildes, toda la gama de los sollozos, toda la lira de los sufrimientos lo que vibra en estas páginas.

Todos hemos podido leerlo en las calles sombrías de las capitales, en los tugurios privados de aire y de luz, en las usinas inmensas donde palpita un pueblo que jamás descansa, que lo produce todo y cosecha sólo la indigencia y la muerte.

No creáis dictadas estas líneas por una imaginación prevenida y pesimista. Ah! no. Leed esas 300 páginas y las continuaréis con rabia, con odio, desde la primera miseria encontrada. Porque, y esta es la condena de estos tiempos y de estas cosas, no se podría juzgar impasible á nuestras sociedades de individualismo feroz, no se podría ver justo y sin odio.

Los autores han ido á visitar las tristes ciudades del Norte de Francia; esas ciudades negras y frías donde sufre todo el proletariado de las minas, de la industria textil, del vidrio y del hierro.

Nos presentan el espantoso desamparo de los tejedores; en los arrabales de Lille, sus visitas son una dolorosa peregrinación.

-Citemos:

«La pieza en donde entramos es todo el alojamiento. En el fondo una cama, que una cuna prolonga. Ocho personas habitan ahí: el padre, la madre, seis hijos.

«La mujer tiene 30 años, sus hijos tienen respectivamente once, nueve, seis, cuatro, dos años, nueve meses. Uno ha muerto de meningitis tuberculosa. El padre es peón tejedor; gana 2.50 francos por 10 horas de trabajo. La familia no tiene otros recursos; con esta suma deben alimentarse, vestirse y alojarse ocho personas.

«No solamente viven, comen y duermen amontonados en esa pieza que toma luz sobre un patiecito donde corre el agua, sino que también ahí lavan la ropa; de una sogá sujeta al techo pende la ropa que gotea sobre el piso. Padres é hijos duermen en la cama, los más chicos en la cuna. Durante el verano se tira al suelo el colchón, otros duermen sobre el jergón. Levantamos la frazada, no hay sábanas.

«—Cuando vino el cuarto niño—dice la mujer,—vendimos las sábanas; desde entonces nunca pudimos reemplazarlas.

«—¿Qué comen ustedes? ¿Qué come su marido?

«—Guisos... sí, guisos de papas, de nabos, y á veces de repollos y arvejas cortadas.

«—¿Y carne?

«—Nunca.

«Esta mujer es tuberculosa en el primer grado.

«—¿A qué atribuye usted su mal?

«—A la miseria. Cuando chica he trabajado en una fábrica de tul en Calais. Desde que me he casado jamás he saciado mi hambre.»

Y este diálogo entre el hambre y la curiosidad simpática se continúa y renueva sin variantes esenciales en cada uno de los hogares. Es por todas partes el mismo desamparo, el mismo espectáculo de dolor.

Y la usina y el trabajo que forman esa miseria, ¿qué son?

Escuchad:

«El agua está por todas partes: en el suelo, donde las grandes cubas de remojo de los hilos vierten constantemente su vapor; sobre el cuerpo de las obreras, que el movimiento de las aletas rocía constantemente con millares de gotitas. Las pobres mujeres tratan de protegerse por medio de trozos de tela grosera que impide al agua correr sobre el cuerpo.

«Pero esta agua no deja de impregnar los harapos

con los cuales se cubren durante el trabajo, de modo que están constantemente empapadas desde el pecho hasta los pies. Las manos se sumergen constantemente en el agua caliente de las cubas y están como cocidas, la epidermis hinchada, los dedos en forma de garra.

«El calor húmedo es en los talleres igual al de un invernáculo ó al de un clima tropical.

«Así la proporción de los obreros de la industria textil del Norte, que sufre de enfermedades de las vías respiratorias, alcanza de 14,28 % de los obreros de la encuesta (mínimum) á 54,54 % (obrerros del lino y algodón). La gran mayoría de las obreras tienen de 13 á 35 años.

«Pasada esta edad mueren, ó bien, cargadas de hijos no pueden ya ir á la usina. La tuberculosis las diezma tan cruelmente como á los hombres. De los 29 viudos interrogados, 19 han declarado que la esposa había muerto tuberculosa.

«En un 72,02 % de los hogares, las mujeres siguen yendo á la usina, de donde resulta una mortandad infantil considerable. Sobre 168 mujeres casadas, 147 han perdido hijos; el total de los pequeños cadáveres asciende á 240 (sobre 495 nacimientos). ¡Es decir, 49 %! 537 familias han perdido 1.462 hijos (más de dos por familia), 110 han perdido de 3 á 5, 77 han visto morir de 5 á 10 de sus hijos.

«De 1.285, 622 niños han muerto de gastro-enteritis y de atrepsia. Mueren más niños en las familias cuyas madres trabajan en las usinas. Agreguemos que en esta enorme cantidad de defunciones no quedan incluidas las de los adolescentes tuberculosos.

«¿ Los salarios?

Muchos aprendices no ganan más de 20 á 25 cts. por día. En Boucq, cerca de Tourcoing, las hilanderas en quince días ganan 15 francos; las cuidadoras, 12 francos, y las jóvenes obreras 6 francos por quincena, esto es, por 120 horas de trabajo.

«Como en Lille, como en Roubaix, como en Armentière, el salario medio de un tejedor de Houpline es de 16 francos por semana. Los peones ganan 2 francos por día. Así es como en las fondas que frecuentan esos desgraciados se puede comer por 30 cts. ¿El menú? Una sopa, un plato de papas, un vaso de cerveza. Consecuencia forzada: ¡más de 3.000 despachos para 110

mil habitantes, que propagan el alcoholismo en la clase obrera!

«¿Cuándo comen carne?—preguntamos á un tejedor de Houpline.

«—Dos veces por año: el 1º de mayo y el 14 de julio porque la municipalidad la da. La ciudad debe además distribuir 11.000 panes por semana á los obreros que no ganan lo suficiente para comprarlo.»

He tomado este sobrio y fatídico cuadro de miseria. Lo he preferido á la pintura dolorosa y viviente de los sufrimientos y riesgos profesionales de los obreros del vidrio, de la metalurgia, de la mina, de la lana, del caucho, de los tubistas y escafandros.

Debemos agradecerles haber destruido con las cifras la leyenda de los salarios elevados remunerando los trabajos peligrosos. Nada más falso. Al terminar cada capítulo vuelven monótona y triste letanía los salarios de la profesión estudiada; la lectura es terriblemente sujestiva. Y cuando se puede comparar con el total de los negocios y los beneficios realizados, como lo han hecho los autores (pág. 132), estallan la indignación y la blasfemia, si no han quedado ya agotadas desde las primeras páginas todas las fórmulas de la rebeldía y los adjetivos de la miseria.

Se encuentra á veces el relato de sobresaltos, de huelgas, ahogadas casi siempre por el hambre, por la inconciencia y la ignorancia, cuando el brazo brutal del Estado no basta para detener el impulso liberador.

¡Cómo soñar siquiera de libertad, de porvenir, de bienestar cuando la sociedad inicua ha respondido á la primera sonrisa del hijo del pobre, á su entrada á la vida: *Lasciate ogni speranza!*

JULIO BERTRAND.

La Política China

POR ALBERTO MAYBON

El autor estudia en esta interesante obra la acción contemporánea de los grandes partidos que han existido siempre en China. La historia de la China, no es sino la historia de estos partidos. Estudia especialmente las fuerzas políticas que durante la última década han estado en presencia en el Celeste Imperio: 1º La corte Manchú; 2º Los conser-

vadores; 3º Los reformistas; 4º Los revolucionarios. Los conservadores han hecho de la inmovilidad una doctrina de gobierno, después que apareció una política extranjera ó indígena subversiva del estado social. Existe entre ellos una solidaridad de clan. Su poder actual es considerable, porque son dueños del gobierno, pero está contrabalanceado por el único partido político que merezca verdaderamente este nombre, que sea organizado, disciplinado: el partido revolucionario.

En realidad los reformistas que inopinadamente dirigieron los negocios públicos en el verano de 1898, constituyen una escuela más bien que un partido.

El autor examina en primer lugar las reacciones producidas por el contacto del elemento conservador y del elemento reformista en el curso de los «Cien días»—junio, septiembre de 1898,—y después las peripecias y los conflictos entre la Corte y el gran partido de la Revolución.

Trata esta segunda cuestión en seis capítulos, siendo el más importante aquél que estudia la organización y la acción del partido revolucionario. Es jefe de este partido el doctor Souen-Yi-Sien, hombre de estudio y de acción al mismo tiempo, versado profundamente en la ciencia económica. Apoya el movimiento de su partido sobre las sociedades secretas; los miembros más influyentes de los Triades hacen el oficio de sargentos reclutadores é instructores. El asiento del movimiento, la organización central está situada en los estados del Sud y principalmente en el virreinato de Liang-Kuang.

El jefe del partido revolucionario ha hecho en un célebre panfleto el proceso político de la dinastía manchú, siendo los siguientes sus principales cargos: 1º Los tártaros—manchúes gobiernan en su interés y no en interés de sus súbditos; 2º obstaculizan el desarrollo material é intelectual del pueblo chino; 3º lo tratan como raza sometida, negándole el derecho de igualdad; 4º violan sus derechos inalienables de vida, de libertad, de propiedad; 5º protegen y estimulan la corrupción oficial; 6º suprimen la libertad de la palabra; 7º le imponen pesadas é injustas contribuciones sin su consentimiento; 8º practican las torturas más bárbaras; 9º privan al pueblo ilegalmente de sus derechos; 10º faltan á su deber de proteger la vida y la propiedad de las personas que residen bajo su jurisdicción.

Souen-Yi-Sien—cuya cabeza ha sido puesta á precio

por 200.000 pesos oro por el gobierno chino—expuso en un notable discurso pronunciado en Tokio, el programa del partido revolucionario, ante cinco mil personas que acudieron á la reunión convocada por los estudiantes chinos. Dijo que la Ming-pao ha deservuelto durante el año de 1906, tres grandes principios: el principio de las luchas de razas en China; el principio del pueblo soberano; el principio del socialismo. Al tratar del socialismo hace un esbozo de sus orígenes y de sus distintos sistemas y después dice: «En Europa y en América la Revolución Social es inevitable. Puesto que la cuestión social está planteada por el desarrollo de la civilización, estamos en China á tiempo para prevenir su nacimiento. Ciertos socialistas proponen volver hacia atrás, esto es excesivo. No es posible oponerse á la evolución social. La civilización industrial tiene sus ventajas é inconvenientes; los ricos en Europa y en América han acaparado aquéllas, legando éstos á los pobres. Un estado social semejante tenderá á imponerse en China, pero si sabemos obrar preventivamente, la lucha contra el capitalismo será más fácil en China que en Europa y que en América.

«En realidad, si estos países tienen dificultad para resolver la cuestión social, es que no han sabido resolver la cuestión agraria.

«Si la civilización progresa, el valor de la tierra aumenta. Hace cien años, la población era en Inglaterra de más de diez millones y su producción nacional era más que suficiente para la población. Hoy día la población no se ha triplicado y los productos no bastan para dos meses. Los ricos ingleses han transformado los terrenos de cultivo en praderas y sitios de caza; han acrecido sus beneficios y percibido fácilmente el precio de sus arriendos. Se ha entregado á otro trabajo para vivir. Pero en industria está todavía en manos de los ricos y los obreros se encuentran á merced de los patronos.

«La igualdad no existe; no es, más que una palabra.

«El capitalismo no ha aparecido todavía en China. Desde hace un millar de años el valor de la tierra es el mismo en nuestro país. Pero después de la Revolución no ocurrirá lo mismo. Si ya en Hong-Kong y en Chang-Hai el valor del suelo se ha centuplicado con relación á las regiones del interior, es á causa del desarrollo de la civilización y de la facilidad de las comunicaciones. A medida que se realicen mejoras, crecerá el valor de la tierra. Un terreno que cuesta actualmente 10.000 toels,

costará entonces 100.000 ó un millón. Hace cincuenta años, los terrenos de Nham-poaa carecían de valor, actualmente valen muchos miles; este ejemplo es notable. Así, los ricos se enriquecen y los pobres se empobrecen. La agricultura ha sido destruida. El pueblo (aldeano) se ha empobrecido.

«Dentro de diez años la cuestión social se impondrá ante todo á nuestra atención; aumentará en importancia día por día. Hoy en día podríamos dejarla de lado. Pero entonces sería imposible resolverla, y por esto debemos intervenir desde luego.»

El socialismo expuesto en este programa está fundado sobre la fijación del valor de la tierra y no sobre la propiedad colectiva de los medios de producción. Según este programa «en la China, después de la Revolución Social, los particulares no pagarán impuestos jamás; existirá solamente la tasa territorial, que será suficiente para hacer de la China la nación más rica del globo. Los otros países no podrán alcanzar nunca el grado de riqueza de nuestro estado socialista. Lo que haremos no será una imitación de los demás, sino que, al contrario, nosotros daremos el ejemplo. Nuestra revolución será ciertamente imitada por los demás países civilizados. En una palabra, el fin de nuestra revolución es asegurar la felicidad de todos».

J. DE HUMEYA.



Extensión Universitaria

De un tiempo á esta parte, algunas asociaciones particulares y ciertos establecimientos públicos de enseñanza, tratan de realizar en el país el sistema de educación popular conocido con el nombre de *extensión universitaria*. Procuran así, según decía uno de los apóstoles de ésta, llevar la Universidad hacia el Pueblo.

En Buenos Aires, ha sido la «Sociedad Luz», creada en 1899, la primera institución que organizó esta enseñanza popular.

En el corriente año dictaron lecciones en sus clases ó dieron algunas conferencias las siguientes personas: *Raúl Wernicke*, Física; *Alfredo Sordelli*, Aritmética; *Berta W. de Guerschunoff*, Geografía física; *Dr. Horacio Damianovich*, Química; *Alicia Moreau*, Geografía comercial; ingenieros *Levyllier* y *Champion*, Electricidad; *Sr. Gugliamelli*, Química fotográfica; *Dr. Alfredo L. Palacios*, Revolución francesa; *Dr. Enrique Dickmann*, Anatomía y Fisiología; *Dr. Enrique Del Valle Iberlucea*, Derecho obrero.

De los institutos públicos de enseñanza, la Universidad Nacional de la Plata ha sido el primero en organizar la *extensión*, respondiendo así á uno de los propósitos de su creación. En su Biblioteca Central se dictaron el año pasado conferencias sobre diversos temas, y en el corriente año ocuparon la cátedra, entre otros profesores, los señores *Luis María Torres*, que disertó sobre la Geografía de la República; *Dr. Delfino*, sobre Higiene; *Victor Mercante*, sobre «la mujer moderna»; *Rodolfo Senet*, sobre «el niño de esta época»; *Dr. Del Valle Iberlucea*, sobre «concepto moderno del Derecho»; *Dr. Rodolfo Rivarola*, sobre «la moral en las profesiones»; y *Ricardo Rojas*, sobre «la renovación intelectual de España».

También han organizado cursos de *extensión univer-*

sitaria, durante el corriente año, el Colegio Nacional Oeste de esta ciudad, que dirige don Manuel Derqui, y el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay (Entre Ríos).

Congreso de Bibliotecas Populares

Durante los días 10, 11, 12 y 13 de noviembre último, se celebraron en esta capital las sesiones del primer congreso de Bibliotecas Públicas Argentinas, organizado por la *Universidad Popular*, que preside el doctor Nicanor Sarmiento.

La Mesa del Congreso estuvo así compuesta: presidente, doctor Joaquín V. González; vices: Nicanor Sarmiento, Carlos Vega Belgrano, Pablo H. Pizurno, Antonio Porchietti, Florencio de Basaldúa; secretarios: Elfa Martínez, Florencio C. González y doctores Eusebio Gómez y A. Beccar Varela.

El Congreso aprobó varias proposiciones y trabajos presentados por los delegados, siendo los de mayor trascendencia los siguientes: creación de una Federación de bibliotecas del país; institución de la Fiesta del libro; prestigiar la sanción de una ley nacional de subsidios para la edificación de casas destinadas á bibliotecas populares; apoyar la iniciativa de la Universidad Nacional de la Plata referente á la publicación de un anuario bibliográfico argentino; y creación de bibliotecas anexas á las escuelas femeninas y nocturnas.

El próximo Congreso se celebrará aquí en mayo de 1910, en recuerdo de la fundación de la primera biblioteca por Mariano Moreno.



Arte y Artistas

La Primavera es, entre nosotros, época la menos propicia para las manifestaciones artísticas del espíritu humano. Hecho curioso: el cíclico renacimiento de las fuerzas de la Naturaleza, que en la Primavera se manifiesta en toda su vigorosa exuberancia y plenitud; la criculación de torrentes de vida á través de plantas, árboles, hojas y flores; la plétora de savia que inunda la campiña entera; las infinitas y complejas manifestaciones primaverales, tienen entre nosotros un poder enervante y moderador sobre el genio creador del hombre. Parece que una suave laxitud, un dulce abandono invadiera todo nuestro ser, bañado por la tibia caricia de un sol paternal.

En esta época, todas las manifestaciones del embriionario y naciente arte nacional están adormecidas, paralizadas.

No se publican libros: ni buenos ni malos. No hay exposiciones de pintura y de escultura: ni nacionales ni extranjeras. No hay audiciones de música que valgan: ni ópera ni concierto. Lo único que funciona es el teatro para solaz de los tontos y de los aburridos, y siempre con llenos completos. Pero funciona el teatro malo, el teatro que corrompe y pervierte y no el que educa y ennoblece. El teatro nacional, cuyo tema son los eternos gauchos imposibles y los ridículos y fantásticos cocoliches. Y el teatro extranjero, cuyos personajes, reales ó ficticios, son duques y duquesas, condes y marquesas que se ocupan de adulterios y de duelos, de juego y de intrigas. El buen público va al teatro, no para educar su gusto y aprender deleitándose, sino para matar el ocio, para bostezar el tedio, para facilitar sus digestiones laboriosas ó para interrumpir la abrumadora

monotonía de su vida insignificante. El teatro de Buenos Aires es, salvo rarísimas excepciones, malo, pésimo.

Y cabe preguntar: ¿qué otras manifestaciones de arte tenemos? Francamente, hemos de confesarlo con sinceridad, que en eso, como en muchas otras cosas, somos tributarios del extranjero.

En literatura se imita, se copia, se plagia á los escritores franceses ó italianos, y no á los mejores modelos. Salvo alguna que otra manifestación literaria auténtica, espontánea y sincera, todo lo demás es hojarasca inútil, obra vana y efímera, flor de un día. ¿Dónde está la obra literaria, producto genuino de nuestro medio físico-biológico y social, que guiada por un alto ideal humano, interprete y traduzca nuestro momento histórico actual? ¿Dónde está nuestro literato, que sintiendo las palpitations de esta nuestra tierra, ha sabido volcar en vibrantes y cálidas páginas las incertidumbres, las zozobras, las vagas aspiraciones colectivas y las esperanzas de lejanas redenciones que se agitan y bullen en el seno de nuestro pueblo? No lo tenemos aún. Esperemos su llegada.

En pintura, como en escultura, hay alguno que otro artista personal, independiente, espontáneo y sincero, que busca sus argumentos en la vida, que se inspira en la realidad y que simboliza el Porvenir. Pero son casos aislados, casi esporádicos, que no constituyen tendencia, escuela, modo de ser colectivo; y que se encuentran semiasfixiados en un ambiente hostil á las altas manifestaciones de un arte puro. El gusto vulgar de los advenedizos de la fortuna se satisfacen con exhibir galerías de un arte de pacotilla, pero que lleva firmas auténticas ó apócrifas de celebridades y que haya sido pagado á precio de oro. El pueblo, la gran masa, aún no tiene ningún gusto artístico. Ni para el se pinta y se esculpe. Son artes excesivamente caras, de puro lujo. Por eso la paleta y el cincel no pueden aún florecer con sana lozanía entre nosotros. Son simples manifestaciones aisladas, presagio tal vez de un Porvenir más sonriente y feliz.

El arte musical de interpretación, como la ópera y el concierto, se limitan entre nosotros á temporadas de lujo y de vanidad. No es el gran arte popular de otros países civilizados. Las audiciones son limitadas y caras; y, también, en gran parte, deficientes. Los intérpretes son todos extraños á nuestro medio, vienen con el prosaico propó-

sito de «hacer la América»; y se ríen de nosotros, que pagamos caro un arte subalterno y de exportación.

Alguno que otro presunto compositor, para borrar su origen extranjero, quería nacionalizar, vistiéndola de gaucho, la música italiana. «Horrída Nox» y «Aurora» tienen tal origen. Y es asaz cómico ver un *bajo* polaco ó *tenor* italiano vestidos de gauchos del año 40, cantar trozos musicales que recuerdan á Rossini ó Verdi. Son ensayos destinados á un fracaso irremediable. Ni tienen el mérito de un experimento más ó menos auténtico y sincero. Por ahora, la única manifestación musical genuinamente de esta tierra, son las monótonas y lánguidas «vidalitas»; expresión genuina de la monotonía y languidez de la vida de la pampa argentina.

En literatura, en pintura, en escultura y en música, nuestras manifestaciones artísticas son, pues, más ó menos embrionarias y primitivas. No falta, de vez en cuando el laudable esfuerzo individual, espontáneo y sincero; pero se estrella contra la glacial muralla de la general indiferencia, y se asfixia en un ambiente donde respira solamente el sórdido interés, y la brutal satisfacción de las más bajas pasiones.

La vida nacional corre parejas en todas las manifestaciones de la actividad mental y ética del hombre.

¿Puede haber, acaso, un Arte grande, donde la Ciencia es apenas un disfraz demasiado tenue que no llega á cubrir la desnudez de nuestra ignorancia? ¿Puede haber un Arte puro y noble donde la Política es un juego vil y ruin en manos de pillos y malvados?

La vida de los pueblos forma un todo homogéneo y uniforme. No hay Arte grande donde no hay Ciencia fecunda y vida colectiva inteligentemente vivida. Y no hay Arte, Ciencia ni Política, en su verdadero y amplio concepto, donde no hay un pueblo genuino y estable, con hondas raíces en el pasado y robustos troncos y ramas en el Presente, y no un pueblo como el nuestro formado de capas superpuestas y distintas, verdadero aluvión de razas, que no han llegado aun á fusionarse y amalgamarse en una masa común y estable, con comunes aspiraciones é ideales en una vida amplia y fecunda.

La delicada y fragante flor del Arte no nace ni crece en un erial donde no brotan, cristalinos y puros, nobles sentimientos v altos ideales. En la infinita y desierta pampa, apenas crece el monótono ombú. En el jardín cultivado con amor y cariño, crecen hermosos y multi-

colores pensamientos, sencillas y fragantes violetas, bellas y complicadas rosas.

Cultivemos el jardín de la vida. Cultivémoslo con amor y cariño. Y en él nacerán y crecerán, sanas y exuberantes, el robusto tronco de la Ciencia y la delicada flor del Arte.

No nos faltan materiales para forjar, en el yunque de la vida, un Arte grande y fecundo. Faltan los hercúleos forjadores, abnegados y sinceros, que sepan y quieran trabajarlos.

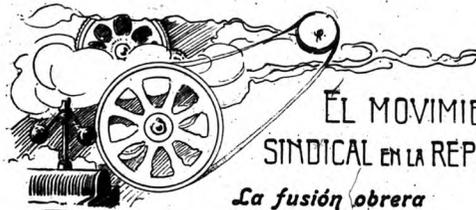
Ahí está un pueblo,—nuestro pueblo—que habita esta nuestra tierra, que se parece al recién nacido: sordo, mudo y ciego para la vida superior del sentimiento y de la razón.

Qué el Arte, creador de sentimientos, por medio de la palabra, el sonido, el mármol, el bronce y el color despierte al pueblo dormido, henchido su corazón de nobles ideales e iluminando su cerebro de grandes verdades.

La Primavera es el fecundo renacer de la Naturaleza. Que la savia que circula á torrentes en las enormes ubres de la madre tierra, fecundice también nuestra mente y corazón; y seamos los forjadores, los sinceros y abnegados forjadores de un gran Arte sano y puro que suavice y dulcifique las asperzas y amarguras del dolor humano.

La fragua de la vida hierve en abrasadora calor, el reluciente yunque espera impaciente el beso formidable del martillo que forja: ¿dónde está el grande y noble forjador?

ENRIQUE DICKMANN.



La organización gremial atraviesa por un período de descomposición, que bien puede ser el principio de una nueva y más fructífera campaña.

El proletariado organizado ha sufrido en estos dos últimos años un descenso considerable de socios, que ha determinado una casi «débacle» de los sindicatos.

Organizaciones que fueron impulsadas á luchas estemporáneas, para conquistar objetivos lejanos y de dudosa realización, vieron mermar el porcentaje de sus componentes de una manera rápida y angustiosa.

Con la expansión que adquirió la industria entre nosotros, se expandieron también las organizaciones obreras, creciendo exuberantes de vida, de acción. Instituciones jóvenes y sin experiencia, se lanzaron á la huelga chocando contra un enemigo poderoso, que unas veces cedía ante el impulso espontáneo y avasallador del proletariado y otras levantaba obstáculos imposibles de derribar.

Tales los estados de sitio, las clausuras de locales sociales y diversas arbitrariedades y atropellos de los derechos civiles y económicos.

Como es natural y lógico, la continuidad de estos ejercicios abatieron los entusiasmos de la primera hora y á medida que la aspeza de la lucha dejaba hondos surcos en los gremios, alejaba á muchos obreros de sus filas, quienes habiendo conquistado un mayor salario y unas horas menos de labor, creyeron terminada su misión en el sindicato y le retiraron su concurso.

El retroceso produjo entre los que quedaban firmes, la reflexión, y ésta despertó antagonismos que al chocarse dieron margen á otra división más lamentable y dolorosa. Con la carencia de afiliados, los gremios soportaron el fraccionamiento de sus componentes en varios bandos.

Los socialistas se multiplicaron para acrecentar y mantener enhiesta la falanje de los que se agrupaban alrededor de la Unión General de Trabajadores. Los anarquistas atizaron las divergencias con aquéllos, y por úl-

timo, entre ambos, apareció un tercer obstáculo: los sindicalistas.

El problema de organizar el proletariado ya no se circunscribía á los que formaban en las filas de la Unión General de Trabajadores y Federación Obrera Argentina, sino, que de la primera de estas instituciones surgió el grupo incoloro produciendo una excisión necesariamente perjudicial para los intereses obreros que requieren unidad y coherencia.

Las tendencias, pues, comenzaron á disputarse el predominio en el campo obrero, pero podemos asegurar que lo único que consiguieron fué empujar á la organización sindical hácia la bancarrota.

El abismo estaba abierto y un paso en falso podía concluir con la obra de muchos años.

Fué entonces cuando surgió la idea de fusionar las fuerzas obreras en un solo organismo federativo, encontrando esta idea entusiasta acogida en todos los círculos proletarios. Se llevó á la práctica con la celebración de un Congreso.

Pero, es preciso confesarlo, la educación proletaria no había alcanzado el desarrollo requerido para hacer viable un proyecto de esta magnitud y todo se estrelló contra la indolencia de unos y la intemperancia de otros.

El fracaso de tan noble iniciativa fué motivo de nuevas y más pronunciadas excisiones gremiales. Hubo sociedades que se redujeron á su mínima expresión cuantitativa; otras; desaparecieron.

Así llegamos á la actualidad, en que nuevamente se agita una parte de la organización en procura de esa unidad que es la base de toda acción eficiente y moralizadora.

Desde hace unos meses, las sociedades autónomas, que no militan en ninguna de las dos federaciones nacionales, trabajan por traducir en hechos tangibles esa hermosa teoría que Carlos Marx sintetizó en las memorables palabras: ¡«proletarios de todos los países, úniós!»

Como decíamos, las sociedades autónomas lanzaron la idea de la fusión, pero restringidamente, concretando ese proyecto á las que no constituyen ninguno de los dos cuerpos federales.

Se trata de unificar estos sindicatos en una confederación del trabajo, para lo cual se ha nombrado una comisión redactora de las bases en que se apoyará el futuro organismo central.

Se cree que una vez que adquiera forma viable y se dé comienzo en la práctica á la efectividad de este proposito, muchos sindicatos adheridos á las federaciones mencionadas optarán por el nuevo bloque proletario, abandonando á aquéllas, para robustecer la flamante organización federativa.

Abrir juicio desde ya sobre la posible realización de este proyecto, nos parece prematuro, aunque abrigamos la seguridad de que sus iniciadores tropezarán con infinidad de obstáculos.

Tenemos en total más de 25,000 obreros organizados, subdivididos entre la F. O. R. A., la U. G. de T. y los sindicatos autónomos. Estos cuentan con el mayor número, cerca de 17,000.

Si la fusión se llevara á efecto, el raquitismo de las antiguas federaciones quedaría en descubierto.

Los gremios que entrarían á formar el núcleo federal son: Constructores de Carruajes, Conductores de Vehículos, Constructores de Carros, Confederación de Ferrocarrileros, Cepilleros, Pinceleros y anexos, Carpinteros, Encuadernadores, Fundidores tipográficos, Dibujantes litógrafos, Liga Internacional de Domésticos, Linotipistas, Maquinistas de imprenta, Sastrés, Talabarteros, Vidrieros, Pechereros y algunas otras sociedades que no recordamos.

El contrato colectivo de los gráficos

Los gráficos se agitan. Es el gremio organizado con bases más sólidas y permanentes. Las diversas ramas en que se divide el oficio están representadas en la organización sindical. Esta, que actúa bajo el nombre de «Federación Gráfica Bonaerense», ha adquirido en corto tiempo de existencia, un justo renombre, pudiéndose decir que es la única sociedad obrera que soluciona sus conflictos con la organización patronal por medio de un comité mixto nombrado al efecto por ambas partes.

La gran huelga realizada el año 1906 y que terminó con una sanción arbitral ha continuado ejerciendo influencia en el ánimo de estos trabajadores. El convenio que especifica la categoría de los salarios y el reglamento interno de trabajo ha caducado, después de dos años de vigencia, el 18 de noviembre último.

El gremio gráfico está, en estos momentos, en actividad permanente.

La Unión Industrial Argentina, sociedad formada por el patronato industrial, cuenta con una sección gráfica,

á la que se hallan adheridos los dueños de establecimientos editores, quienes han formulado un pliego de modificaciones al extinguido convenio, que omitimos, por su extensión, pero que nos obliga á ocuparnos en el número siguiente de esta *Revista*.

Los tipógrafos, encuadernadores, maquinistas, linotipistas y demás sociedades del oficio, también han presentado sus respectivas modificaciones.

Estas últimas, son de mayor importancia que las introducidas por los patrones.

La acción á desarrollarse, pues, es más complicada, y requiere suma habilidad é inteligencia en los trabajadores investidos con tan delicado cargo, puesto que la obra en ejecución representa el esfuerzo colectivo de unos 8000 hombres, que prescinden del rudimento de la huelga para entrar á parlamentar de potencia á potencia.

Este sistema de solucionar las diferencias que surgen entre opresores y oprimidos tiende á un fin práctico y eficaz; morigerar la aspereza de la lucha y evita sacrificios que en otros terrenos pueden resultar estériles ó contraproducentes.

La «entente» establecida entre ambos beligerantes es significado de una mayor conciencia y de un sentido práctico, que, hoy por hoy, desconocen la mayoría de los trabajadores organizados.

Esperemos, entonces, una solución tranquila y conveniente en el problema que se dilucida.

El lock-out de las canteras del Tandil

En el Tandil, pueblo situado al Sud de la provincia de Buenos Aires, se ha producido un conflicto que reviste gravedad.

En las canteras de ese pueblo trabajan 1200 operarios. La jornada ordinaria es de diez horas. La proximidad de la estación estival les hizo acariciar la idea de solicitar una hora menos de labor, durante cuatro meses del año. Uniformadas las opiniones de los trabajadores, se elevó á los empresarios la petición. Estos la rechazaron sin dignarse dar una respuesta en forma. La conducta intempestiva de los capitalistas produjo general descontento. Una segunda asamblea general de los obreros de las canteras determinó el comienzo de la huelga parcial, acción aislada contra cada empresario, que en el fondo contaba con la solidaridad material y moral de todos los interesados en la obtención del menor horario.

Iniciado el movimiento huelguista en la cantera de Francisco Polledo y Cía., ubicada en Cerro Leones, se reunieron los demás empresarios en defensa de sus intereses personales comprometidos por la acción colectiva de los trabajadores, resolvieron aplicar una medida que á juicio de ellos sirviera de escarmiento á los 1.200 hombres amantes de un pequeño reposo en esas largas y tristes jornadas de la mina, en que tardes cansadoras, de un estío asfixiante, agotan las fuerzas físicas, aniquilando sus organismos.

Esta decisión patronal originó el paro total del trabajo, pues á la huelga parcial de los trabajadores se aplicó el «lock-out» general en todas las canteras.

¡Sin pan y sin trabajo! fué la expresión que escapó de todos los labios, oprimiendo millares de corazones proletarios reducidos á la miseria por la resolución patronal.

Peró la reacción se impuso en seguida. Al espanto del primer momento, sucedió el deseo, el amor de luchar por la propia conservación.

El conflicto aportó un cortejo de desgracias, calcando de una manera evidente el antagonismo de intereses que existe entre los contendientes, como la moral diversa que los impulsa á la defensa y al ataque.

Es la presión ejercida deliberadamente por una minoría apoderada de los medios de producción, contra una mayoría esclavizada, que puja por adquirir mayores ventajas materiales, para allanar el camino de la emancipación, objetivo final de este colosal problema económico.

La competencia, base esencial de la resistencia patronal, en este caso, no pesa en la contienda. Sólo interviene el capricho de los empresarios que suponen ventajoso para su lucro y para el progreso de la empresa la explotación durante diez horas diarias, de esa falanje de proletarios á quienes se les niega el derecho á una vida más humana, no otorgándoles una hora menos de trabajo.

El conflicto, como decíamos, ha adquirido mayor gravedad en estos últimos días, pues los capitalistas, animados de un espíritu retrógrado, impusieron el desalojo perentorio de las propiedades que los desocupados arrendaban cerca de las minas de cal y piedra. La medida patronal ha alcanzado esta vez á las familias. Mujeres y niños sufren los sinsabores y las penurias de tan doloroso como inhumano cuadro de miseria.

Todo por una hora menos de trabajo. ¡Sin pan y sin hogar!

Sin embargo, la solidaridad y el sacrificio obreros obran de una manera decisiva sobre los intereses capitalistas. La acción homogénea de los trabajadores, determinó a los patronos á fraccionarse y, como consecuencia lógica, se descubrió el plan trazado por éstos contra los primeros y una parte de sus colegas.

Es bien sabido que entre el fuerte capitalista y el de escasos recursos se entabló una guerra despiadada. El grande siempre concluye por aplastar al chico.

Bien; en el Tandil, cinco empresarios se complotaron contra quince de menor importancia á objeto de anularlos y excluirlos del mercado. Formaron el sindicato, los invitaron á ingresar, trazaron una regla de conducta y les impusieron una serie de obligaciones. Vino la petición obrera y la hora del doble golpe.

Patrocinaron el cierre de las canteras, obligando á los pequeños patronos á comprometerse en el conflicto. Este estalló y las consecuencias se dejaron sentir de inmediato. A los obreros se les presionó quitándoles el salario y el hogar, á los patronos de segundo orden se les hizo esclavos del trust de los cinco confabulados, negándoseles capitales y amenazándoles con la clausura del mercado consumidor.

La lucha, á pesar de esto, se presenta favorable para los obreros, pues algunos patronos resolvieron desligarse de todo compromiso y acceder á lo solicitado por los operarios canteristas.

Huelgas

Existen en otros puntos del país varios conflictos obreros, que no revisten más importancia que la circunscripta á la acción permanente de las asociaciones, que velan por la defensa de sus asociados.

En la ciudad del Rosario se hallan en huelga los obreros constructores de carruajes, sosteniendo una lucha por cuestiones internas de labor.

En la misma ciudad también están en huelga los obreros vidrieros de una fábrica, peticionando aumento de salario.

En el Azul (provincia de Buenos Aires), se produjo hace unos 20 días la paralización del trabajo de los tipógrafos ocupados en la confección de un diario local. Solicitan mejor trato.

LUIS N. GRÜNER.



Revue Internationale de l'Enseignement, Vol. LVI, Núm. 9, Paris.—*Las lecciones del país natal.* Discurso pronunciado por Ernesto Lavisse, de la Academia Francesa, en la distribución de premios á los niños de las escuelas comunales de Nouvion-en-Thiérache, Aisne. En uno de sus párrafos más elocuentes, dice el eminente historiador: «Nuestra Francia es profundamente humana; es preciso que en ella la primera se realice la humanidad mejor. Hemos pronunciado en 1789 y 1848 ciertas palabras cuyo eco repercute todavía en el mundo; nuestra Francia es una potencia liberal. Ved lo que pasa hoy sobre la tierra. En todas partes los pueblos sacuden los viejos yugos. Por primera vez desde que el mundo es mundo,—por primera vez, entendéme bien,—es permitido entrever á lo lejos, muy lejos, una humanidad que, bajo la diferencia de las razas, de las religiones, de las historias, se pondrá de acuerdo sobre ideas fundamentales y sentimientos esenciales. Ya la piel amarilla no es despreciable para la piel blanca. Occidentales, tenemos por debidamente en las escuelas civilizaciones que se reaniman de golpe. Al mismo tiempo se producen movimientos alrededor de las iglesias del Cristo, de las mezquitas de Mahoma, de los templos de Budha. Ahora bien, ¿sabéis á que atribuyen estos pueblos en actividad los males que han sufrido y sufren todavía? A la ignorancia. ¿Y qué reclaman antes de todo? Escuelas. Tienen esperanzas, entonces, en la inteligencia y la razón; tienen fe en los sentimientos nobles. ¿Cómo se parecen á nuestros padres! Por lo demás, lo saben bien y lo dicen. Quisiera poder leerlos fragmentos de periódicos de estos días, veríais que los Turcos escriben en francés sobre las banderas, divisas republicanas, y que el canto con que saludan la regeneración esperada de la Turquía y del Islam es la *Marsellesa*».

Nuova Antologia, Año 13º, Fascículo 883, Roma.—*Negros y blancos en los Estados Unidos.*—Los conflictos entre negros y blancos se multiplican en este país; recientemente se ha derramado sangre en Springfield, y la tropa ha tenido que intervenir para restablecer el orden. Sería altamente deseable que para llegar á un *modus vivendi*, los blancos abandonasen sus prejuicios de razas, al menos en cuanto atañe á ciertos usos humillantes, para los negros, como, por ejemplo, la separación de los pasajeros de color en los trenes y tramways de los Estados Unidos, que continuamente ocasiona disputas violentas. Hace poco un miembro del congreso propuso extender al distrito de Colombia, es decir á Washington y sus alrededores, el uso de *Jim Crow car*, esto es, wagones para negros, y si esta medida no fué adoptada, se debió únicamente á que la asamblea no quiso dar sanción *federal* á las disposiciones contra los negros de los Estados del Sud. En ocasión de un reciente proceso intentado por cinco obispos metodistas negros contra cuatro compañías ferroviarias del Sud, el Gobierno Central intervino oportunamente para pedir la igualdad de tratamiento para todos los pasajeros que pagen un pasaje de igual precio. La «Sociedad Cosmopolita» ha organizado

banquetes en los cuales blancos y negros sentábanse en distintas hileras; se ha discutido también, aunque sin resultado, la cuestión de los matrimonios entre blancos y negros. Seguramente con el progreso de la educación en la mesa de los negros, estos prejuicios están destinados a desaparecer.—J. de H

Revue Generale de Droit International Public, 1908, núm. 4, París.—*Holanda y Venezuela: la expulsión de Mr. Reus*.—El 9 de Abril de 1908, Mr. de Reus, ministro de Holanda en Caracas, dirigió una carta á la sociedad de Alumnos y ex alumnos de la Escuela Pública de Comercio, en la cual se expresaba en los siguientes términos: «Tengo el pesar de informaros que las circunstancias presentes son absolutamente desfavorables para el comercio. El gobierno del presidente dictador, después de 1899, ha arruinado totalmente al país. El último rayo de luz en estos tiempos difíciles es la elevación del precio del cacao: sin embargo, no es bastante para inspirarnos confianza sobre el porvenir de la república. Mientras el gobierno actual permanezca en el país, no será posible hablar de un mejoramiento comercial, porque no se debe esperar que después de nueve años de dictadura, el presidente actual renuncie á su política y á su manera de proceder interior y exteriormente. Así aquellos que no tienen la esperanza de encontrar una plaza aquí, por medio de las sucursales hamburguesas de casas importadoras de Venezuela y que esperan, con conocimientos suficientes, conseguir una situación correspondiente, harán mejor en volver la vista hacia otros países de la América central ó meridional, donde la propiedad es mayor y el porvenir menos incierto que en esta república.» Esta carta motivó la expulsión del ministro holandés en Venezuela.—D.

La Revue Socialiste, tomo 47, núm. 284, París.—*Las luchas nacionales y el socialismo en Austria-Hungría*, por el doctor Eduardo Benés.—El autor habla primero del socialismo en Austria. Establece la importancia del sufragio universal como medio de luchar en ese país. Dice que su primer efecto fué dar, en las elecciones de Marzo de 1907, 88 mandatos á los socialistas. Esto era una revolución para Austria. Las consecuencias del sufragio universal eran sobre todo, profundas para la Bohemia, el país más adelantado y más industrial de Austria. Casi una mitad de los electores checos se pronunció por los socialistas. El poder político de la nobleza ha sido completamen e roto. Los socialistas checos, polacos, rutenos y alemanes son en Austria patriotas fervientes y sinceros. En Austria, conglomerado de naciones, cada partido socialista tiene su programa nacional. Respecto de Hungría, el autor dice que el socialismo está allí, como en Austria, desde que fué otorgado el sufragio universal, caracterizado por el hecho de que es nacionalista en cierta medida, en el sentido de que los socialistas aceptan á menudo las reivindicaciones nacionales.

Alfredo Fouillée y el socialismo, por Fernandó Buisson.—Se ocupa del artículo sobre «La justicia en la producción: según el colectivismo», publicado por Fouillée en la *Revue Blanche* (Julio 4 de 1908), en el cual ha criticado ciertas teorías y fórmulas de Carlos Marx. Dice Buisson que antes de entrar al terreno de la discusión, conviene hacer notar que la crítica de las teorías marxistas no tiene, en nuestros días, el significado real que el eminente filósofo quiere atribuirle. «El socialismo contemporáneo no es, en efecto, como algunos lo piensan, una religión cuyo dogma trazado por Marx queda inmutable, intangible.» El fundamento del régimen actual de la producción es la propiedad individual de los «instrumentos de trabajo», palabras suyas, según Fouillée, pues que «hay en el provecho de las máquinas, además de los resultados de una abstinencia y de un ahorro meritorios de parte de los poseedores, cierta plusvalía debida á las circunstancias sociales, que los poseedores de capitales han sabido aprovechar: hay

cierta apropiación individual de los frutos del trabajo común que es el progreso científico y técnico.» Sostiene Buisson que este capital/debido á la abstinencia no es sino una ínfima parte del capital empleado en las grandes explotaciones industriales, fundadas generalmente por los grandes capitalistas, cuya fortuna, suponiendo que tuviese por origen un pequeño capital de abstinencia y de ahorro—lo que está lejos de suceder siempre,—ha sido favorablemente acrecido por fuentes que nada tienen que ver con la moral y la justicia: el crédito, la especulación, el juego y esa plusvalía debida á las circunstancias sociales. Fouillée dice que los socialistas van demasiado lejos cuando piden la desaparición de la propiedad individual de los instrumentos industriales. Aparte de la razón de justicia de esta reivindicación, el mismo régimen capitalista se dirige espontáneamente hacia la desaparición del patrón dueño de usina y hacia la organización de empresas con un carácter netamente colectivo. Así las sociedades anónimas encierran estos tres elementos: el capital, el trabajo y la administración. La nueva organización social hará desaparecer,—en cierta medida al menos,—la propiedad individual de los medios de producción, que es el capricho por el cual muchas personas secundarias son llamadas, por razones que nada tienen que ver con la competencia, á situaciones importantes en la industria. El mérito y la competencia serán, en cuanto sea humanamente posible, los principios—guías en la elección de los jefes de la industria socializada». Respecto del salariado, Fouillée critica á los socialistas por haber sostenido que «el contrato de salario es una simple transformación, un sustituto de la esclavitud». El salariado, dice, es el convencimiento y la afirmación de una doble libertad: libertad del empresario y libertad del empleado; «supuestos únicos dueños de su persona, de sus facultades y de un uso, asociándose ambos para una obra determinada. Sin duda, es esta una imposición que en la práctica no se ha realizado siempre.» Desde el punto de vista de la justicia, la situación del asalariado no es profundamente distinta de la del esclavo: el patrón que explota al obrero comete una acción más moral que el vencedor que reduce al vencido á la esclavitud? Ambos usan de su mismo poder. Lo mismo que dependía del capricho del amo hacer de su esclavo un liberto y darle un peculio que convirtiese en su propiedad individual, depende ahora del favor del patrón hacer unger uno de sus obreros por encima de los demás y convertirlo en un privilegiado relativo.—El salariado debe y puede fácilmente transformarse en una repartición de las ganancias entre los productores, proporcionalmente á su esfuerzo ó en un régimen que se aproximará progresivamente á este ideal.—D.

The International Socialist Review, Vol IX, núm 2, Chicago.—*El programa de los fugitivos blanquistas de la Comuna de París*, por Federico Engels.—Ernesto Untermyann ha traducido al inglés este artículo, publicado hace tiempo por el insigne colaborador de Marx en *Der Volksstaat*. Después de la caída de la Comuna, dice Engels, un grupo de blanquistas que formaron parte de la misma, publicaron un manifiesto—programa en el que hablaban de «la caída de Versalles y la revancha de la Comuna». Los firmantes se declaran en él: 1) ateos; 2) comunistas; 3) revolucionarios. Los comunistas suprimieron á Dios por decreto, como en 1793: «Pueda la Comuna quedar libre para siempre de este *ghut* de su pasada miseria (Dios), de esta causa de su presente miseria». Los firmantes adoptan el Manifiesto del Partido Comunista publicado en Febrero de 1848; con la absoluta concepción de la teoría materialista de la historia. Por último reclaman, como revolucionarios, la responsabilidad de todos los actos consumados por la Comuna. Este programa es un progreso. Es el primer manifiesto en que la clase obrera de Francia acepta el presente comunismo germánico.

Los trabajadores socialistas alemanes, que probaron en 1870 estar comi-

pletamente exentos de jingoísmo, mirarán como un buen signo que los trabajadores franceses acepten los correctos principios teóricos, aún cuando vengan de Alemania.

II Pensiero, números 19 y 20, Roma.—*Reflexiones sobre la violencia*.—Juan Grave escribe un artículo comentando la aparición del libro de Sorel titulado «Reflexions sur la violence». Reivindica para los anarquistas todo un pasado glorioso de luchas y de sacrificios; pero el autor no se limita tan solo á eso. Polemiza con Sorel, á quien llama el «oráculo de un pequeño grupo marxista que modestamente se titula Escuela Nueva». —y pone en evidencia las contradicciones de los sindicalistas al hablar de la violencia, de la utopía idealista, de la huelga general, de la lucha de clases, y especialmente de los intelectuales. A propósito de estos últimos, después de haber transcritto un párrafo de Sorel, Grave le pregunta. «Veamos Sorel, ¿cuándo es intelectual uno? ¿Cuándo no lo es ya?». Y refiriéndose al descubrimiento genial que Sorel ha hecho de la utopía que no puede sino desviarse á los trabajadores; da á conocer que es el Mito para el mismo Sorel, cuyas palabras transcribe: «El Mito, señores y señoras, es lo que la utopía contiene de más comprensible para la muchedumbre, de más fácil para su mentalidad, de más capacitado para imprimirle empuje. «Así los revolucionarios del presente habiendo descubierto el Mito de la huelga general, hallaron el verdadero camino de la revolución.»

La Cooperazione Italiana, Milán.—*Desarrollo de las cooperativas*.—El último número contiene datos importantes sobre la marcha de las cooperativas europeas. España cuenta con 182 Uniones de Consumo, que suman un total de 29.000 cooperadores. En España hay una cooperativa por cada 109.890 habitantes.

En el mes de Julio del corriente año, se celebró en Mainz el congreso de las cooperativas alemanas, que son 18.000, con un millón y medio de asociados. El congreso, entre los diversos asuntos tratados, resolvió establecer una escuela práctico-teórica para los empleados de las cooperativas y grandes almacenes para la venta al por mayor.

En Dinamarca, en 1907, existían 432 cooperativas de consumo con 98.773 cooperadores. Durante el año realizáronse ventas por 30.576 033 de marcos, repartiéndose como dividendos 1.700.287 de marcos. Es importante hacer notar que en 1907, 494 cooperativas poseían edificios propios por valor de 3.705.911 marcos. En el mismo año de 1907, celebró su congreso en New Port la Unión de las Cooperativas Inglesas. 1.582 cooperativas formaban, en esa fecha la Unión, con un total de 2.434.000 asociados. El movimiento financiero de las cooperativas fué de 2.642.917.475 francos.

En Italia existen 1596 cooperativas adheridas á la Liga Nacional.

Archivos de Pedagogía y Ciencias Añejas, órgano de la Sección Pedagógica de la Universidad Nacional de La Plata, tomo IV, número 12.—*La mujer moderna*, por Victor Mercante.—Interesante conferencia de extensión universitaria, que termina con estos conceptos: «Y veo sus innumerables energías, multiplicadas, el espectáculo portentoso de la mujer educada como el hombre para todos los oficios, para todas las carreras, actuando de fuerza morigeradora en todas las cooperaciones: de empleada y nada más que empleada; ó de médica y nada más que de médica, ó de maestra y nada más que maestra; ó de cocinera, nada más que cocinera. Una cocinera amable, instruída, limpia, casi una delicia, convencida de los destinos confiados á su talento, fuerte en sus dominios y en sus dominios respetada. La veo móvil y victoriosa en todos los talleres, en todas las cátedras, en todas las oficinas, elaborando y perfeccionando, pieza en todos los rodajes, un claror en todos los destinos, una ola de esplendor en todas las fosforescencias del progreso.»

ANTONIO ZACCAGNINI.



Noviembre, 1908

Los republicanos españoles de Buenos Aires, celebraron una manifestación pública en honor de don Alejandro Lerroux. Lo saluda Alfredo L. Palacios en nombre de los librepensadores de la República. El jefe del partido radical español pronuncia un elocuente discurso y manda un expresivo saludo á Pablo Iglesias y demás socialistas de España.

Efectuáronse con resultado satisfactorio para los socialistas, que ganaron once bancas. Resultan elegidas ocho mujeres.

Resulta electo Mr. Taft, candidato del partido republicano. El candidato del partido socialista Eugenio Debs, que atravesó en un tren rojo haciendo propaganda electoral, el territorio de la Unión Americana del Atlántico al Pacífico, obtiene considerable número de votos, muchos más que en la elección anterior.

La Cámara de Diputados de la Nación Argentina lo aprueba por unanimidad. Según sus cláusulas, las altas partes contratantes se obligan á someter á arbitraje las controversias que surjan entre ellas y que no hayan podido ser resueltas por negociaciones directas ó por alguno de los otros medios de resolver amigablemente litigios internacionales, con tal que tales controversias no versen sobre cuestiones que afecten preceptos constitucionales de uno ú otro de los países.

En el Teatro de la Avenida de Buenos Aires, pronuncia Alejandro Lerroux, ante un público numeroso, una conferencia política, exponiendo el programa de su partido. Dice que éste es anticlerical, revolucionario y socialista.

Celébrase, con asistencia de ocho mil personas, una reunión de protesta contra el arresto de los obreros detenidos después de los desórdenes de Villeneuve-Saint Georges. El diputado socialista Jaurés pronuncia un elo-

1.—Manifestación republicana española

2.—Elecciones municipales en Inglaterra.

3.—Elección presidencial en los Estados Unidos.

4.—Tratado de arbitraje entre la Argentina y el Brasil.

Programa del Partido Radical Español.

6.—Protesta obrera en París.

cuenta discurso recomendando un acuerdo entre los proletariados de Francia y Alemania con motivo del incidente de Casablanca.

8- Elecciones parlamentarias en Turquía

Verifícanse, de acuerdo con el régimen constitucional implantado por la revolución de los Jóvenes Turcos.

Lerroux en La Plata

Los republicanos españoles celebran una importante asamblea en el Teatro Argentino. En nombre de los combatientes por la justicia social y la igualdad económica, saludado E. del Valle Iberlucea. Pronuncia un largo discurso Alejandro Lerroux, diciendo que en España «la República será un instrumento con el cual vamos a trabajar por la realización de la justicia social» y que «el proletariado sufre en España una triple tiranía: capitalista, política y religiosa».

9- Una mujer elegida alcaldesa

Es nombrada para ese cargo en Aldeburgh, Suffolk, Inglaterra, la señora Anderson.

El problema negro en los Estados Unidos.

La Corte Suprema de Nueva Yorck da un fallo declarando que cada Estado tiene constitucionalmente el derecho de impedir la existencia de escuelas mixtas para niños blancos y negros, en vista de que las dos razas son enemigas por su misma naturaleza!

Es una cuestión de Oriente.

Celébrase en Londres un banquete con motivo de haber asumido su cargo el nuevo Lord Mayor. El primer ministro, Mr. Asquith, pronuncia un discurso político diciendo que Inglaterra vé con sumo placer la instalación del gobierno constitucional en Turquía, y en lo concerniente á Bulgaria y á la anexión de Bosnia y Herzegovina se basa en el acuerdo de las potencias en la conferencia de Berlín de 1878 y sostiene que los tratados internacionales no se pueden modificar por un solo signatario sin el consentimiento de los demás.

10- Incluyente de Casablanca

Se firma en Berlín un convenio entre los representantes de Francia y Alemania, deplorando los dos gobiernos los sucesos que se originaron en Casablanca el 25 de septiembre último y decidiendo someter el conjunto de las cuestiones planteadas al fallo de un tribunal arbitral.

Los gráficos de Buenos Aires

Este gremio, reunido en numerosa asamblea, modifica su reglamento de trabajo introduciendo en él importantes reformas, publicadas en «La Vanguardia» del 11 de este mes.

Congreso de Bibliotecas Públicas

Se inaugura en esta ciudad el primer Congreso de Bibliotecas Públicas Argentinas, organizado por la Universidad Popular.

En la sesión celebrada por el Reichstag, un diputado liberal pidió la responsabilidad ministerial sin excepción, y en caso necesario un cambio en la Constitución. El diputado socialista Singer manifestó que, á su juicio, el Emperador estaba mal informado sobre los sentimientos amistosos del pueblo alemán hácia Inglaterra. El canciller Von Bülow declara que el Emperador observará en sus futuras conversaciones más discreción, pues, «de otro modo, dijo, ni yo ni mis sucesores podremos aceptar la responsabilidad de la política exterior».

En el Reichstag, el diputado socialista Heine atacó duramente la política del canciller. Dice que éste debe retirarse del gobierno y que lo mismo deberán hacer sus sucesores mientras el Emperador no abandone métodos que ofrecen un peligro considerable para la paz del Imperio.

En Albert Hall, Londres, se celebra una asamblea protestante nacional para protestar contra la intrusión del Papado en Inglaterra, con motivo de la procesión eucarística celebrada últimamente en esa ciudad.

La Confederación de obreros brasileños resuelve invitar á todos los gremios de América á una confraternización en favor de la paz de América.

En Buenos Aires se celebra un mitín contra los armamentos, organizado por la Federación Obrera Regional Argentina.

Telegrafan de Melbourne que el Consejo Legislativo de la colonia de Victoria dictó una ley otorgando á las mujeres derecho de voto.

Organizada por la juventud universitaria, celébrase en Buenos Aires una reunión pública de protesta contra el proyecto de armamentos del gobierno. Pronuncian discursos los ciudadanos Amoretti, De Tomassó, Patroni y Palacios.

El partido socialista publica en Madrid un manifiesto protestando contra la explotación de que son víctimas los obreros mineros.

La Cámara de Diputados de la Nación Argentina aprueba los diplomas de los ciudadanos Llobet y Mendez, elegidos fraudulentamente en esta capital. Impugnan la elección los diputados Guasch Leguizamón, Piñero y Carbó

De los Estados Unidos lo son 33 obreros ingleses, acusados de violación de la ley del trabajo.

Responsabilidad ministerial en Alemania.

11- Von Bülow y los socialistas alemanes.

12- Protesta contra el Papa.

15- El proletariado brasileño y la paz americana.

Contra la paz armada

18- El voto de las mujeres en Australia.

19- Contra los armamentos.

Manifiesto socialista en España.

20- Congratulación de un fraude electoral.

25- Expulsión de obreros.

28. Nueva Casa del Pueblo. Se inaugura en Madrid, con asistencia de 108 sociedades gremiales. Pronuncian discursos alusivos al acto Pablo Iglesias, en nombre del Partido Socialista, y el ciudadano Cortés, en nombre de las sociedades gremiales.

Catástrofe minera. En la hulla Marianna, Estados Unidos, se produce una explosión de grisú, quedando sepultados mas de 200 mineros.

29. En pro de la paz universal. La Federación Obrera de Montevideo publica un manifiesto, en nombre del proletariado uruguayo, adhiriéndose al pensamiento de la paz internacional expresado por la Federación obrera del Brasil.

30. Tratado de arbitraje. La Cámara Baja de los Estados Generales de Holanda aprobó el tratado de arbitraje celebrado con los Estados Unidos.

JAVIER DE HUMEYA.

Congreso Nacional del Libre Pensamiento

Se reunió en Córdoba los días 15, 16 y 17 de noviembre último, con asistencia de 267 delegados. El Congreso recibió más de 600 telegramas de adhesión. Las sesiones fueron trabajosas y entusiastas, reinando perfecta armonía y la mayor buena voluntad de parte de todos. Se estudiaron trabajos notables, tratándose asuntos muy variados, siempre dentro de los programas del Libre Pensamiento.

Muchos autores fundaron verbalmente las proposiciones que sometían á la consideración del Congreso, siempre con elevado criterio y notable ardor. Fueron muy aplaudidos.

El Congreso declaró constituida la Liga Nacional del Libre Pensamiento, y á objeto de mantener el orden y la disciplina que debe existir en toda colectividad, para la realización de sus aspiraciones, hizo la siguiente declaración de principios: «Que la ciencia desaloja de sus posiciones al dogmatismo religioso; que la experimentación científica es el único conducto de prueba en los grandes problemas que agitan la mentalidad del hombre; que la libertad de conciencia y el libre exámen deben ser tan amplios y respetados como el pensamiento mismo; que para unificar la acción de los elementos librepensadores dentro de la democracia argentina, se constituye en partido político dándose el siguiente programa mínimo: 1º Luchar para obtener sus representantes en las comunas y en los parlamentos. 2º. Conseguir rebajas en los im-

puestos de culto y oponerse á todas las subvenciones y prerrogativas odiosas de que goza el clero argentino. 3º. Censurar y perseguir á las autoridades arbitrarias que atropellan las libertades de prensa y de palabra. 4º. Fomentar la educación laica. 5º. Velar por la pureza del sufragio en los comicios. 6º. Promover la reforma de la Constitución Nacional, y el siguiente: programa máximo: 1º. Separación de la Iglesia y del Estado. 2º. Enseñanza laica obligatoria—Universidades populares. 3º. Divorcio absoluto. 4º. Abolición de la pena de muerte. 5º. Ley de arbitraje internacional. 6º. Promover la creación de tribunales mixtos de obreros y patronos para disminuir los conflictos entre capital y trabajo. 7º. Laización de todas las instituciones benéficas. 8º. Abolición de la ley de residencia. 9º. Naturalización de los extranjeros por la simple residencia de dos años, salvo manifestación contraria. 10º. Supresión de los impuestos internos que encarecen la vida del pueblo. 11º. Incineración de los cadáveres. 12º. Derechos electorales para la mujer».

Luego el Congreso nombró la Comisión Ejecutiva, que quedó constituida bajo la presidencia del Dr. Eduardo Holmberg.

Terminó el Congreso sus trabajos el día 17 y en la noche del mismo día festejóse el éxito con un banquete en el Hotel Roma; reinó en él la más fraternal alegría y evidencióse una vez más la sinceridad de propósitos y la buena voluntad de cada uno de los congresales.

DOCTORA JULIETA LANTERI





INDICE BIBLIOGRÁFICO

El Espíritu Nuevo, Revista Socialista, *Montevideo*.

An Inquiry into socialism, por Tomás Kirkup. *Londres*, Green and Co.

Política Socialista, por Torcuato Gatica. *Tucumán*.

Teoría y práctica de la cuestión obrera, por Ernesto Quesada. *Buenos Aires*.

Por la Patria y la Democracia, por Victoriano de Sarrasketa. *Buenos Aires*, Martín García.

La enseñanza de la Historia, por Julio del C. Moreno. *La Plata*.

Gobardía moral, comedia dramática en tres actos, por Alejandro-L. Bouquet. *Buenos Aires*.

La Politique chinoise, por Alberto Maybon. *Paris*, V. Giard y C. Brière.

Del régimen federativo al unitario, estudio sobre la organización política de la Argentina, por Rodolfo Rivarola. *Buenos Aires*, J. Peuser
Socialists at work, por Roberto Hunter. *New York*, The Macmillan Company.

Le Droit Pur, por Eduardo Picard. *Paris*. Ernesto Flammarion.

Ciencia Política, por el doctor Leopoldo Maupas. *Buenos Aires*.

Vers le temps nouveaux par l'éducation integrale et par la femme, por Fermín Raillou. *Paris*, V. Giard y C. Brière.

La femme dans l'histoire, por Gaston Richard. *Paris*, Octavio Doin et fils.

Alba poética, por José Muzzilli. *Buenos Aires*.

Six centuries of work and wages, por J. E. Thorold Rogers. *Londres*, Swan Sonnenschein and Co.

Les types sociaux et le Droit, por José Mazzarella. *Paris*, Octavio Doin.

Nota —En esta sección, anunciará la REVISTA todas las obras remitidas al Editor, sin perjuicio de ocuparse detenidamente de algunas de ellas en la sección *Notas bibliográficas*.

